



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

Á LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES ADVERTENCIA IMPORTANTE

LAS MISIONES CATÓLICAS se publicarán desde el año 1899 sólo UNA VEZ AL MES y en cuadernos de 24 páginas.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN: ESPAÑA: un semestre, 4 pesetas; un año, 8 pesetas.

EXTRANJERO: un semestre, 5 francos; un año, 10 francos.

Se admiten subscripciones en la Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona; y en Casa de los señores Corresponsales de la misma.

SUMARIO

TEXTO

A NUESTROS LECTORES.

PERSECUCIÓN VIOLENTA.

CORRESPONDENCIA.—Muerte del P. Chanés y de trece cristianos.

LA PERSECUCIÓN EN SU-TCHUEN.

TERRITORIO DE LA PAMPA CENTRAL.—Excursión apostólica del Ilmo. Sr. D. Juan Cagliero (*continuación*).

EN LOS RÍOS DE MONDA.—XX, En el río Pombé.—XXI, En el Ikoí.

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NÍGER.—IV, Permanencia en el fuerte Archinard (*continuación*).

LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS.—II, Combate.

CONFESIONES PROTESTANTES.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN LA PROVINCIA DE SANTA FE.—Las Garzas.—XXIV,

Colonia Ocampo.—XXV, Reducción de San Antonio de Obligado.

EL SUEÑO DEL NIÑO DIOS (poesía).

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

INDICE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*conclusión*).

GRABADOS

GABÓN.—Un compañero de viaje.
— Poblado pahuino.

TCHE-KIANG.—Pagoda de los Nueve Dragones.
— Familia del tao-toi de Ning-po.

SUDÁN FRANCÉS.—Pulo y Usmán.

ANGELES, PASTORES Y REYES JUNTO Á LA CUNA DEL NIÑO DIOS.

EL SUEÑO DEL NIÑO DIOS.

LEA O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Conclusión)

—Hasta el último momento ha protestado de su inocencia: ¡día vendrá en que veáis claro, hijo mío! ¡que vuestro arrepentimiento dé entonces reparación á vuestro crimen! ¡cómo habéis manchado vuestra gloria!

—He usado del derecho que la ley romana da á un padre de familia.

—Hijo mío, no invoquéis las leyes paganas, pedid á Dios que os ha colmado de bienes que os haga conocer vuestro crimen y el dolor de que llenáis el corazón de vuestra madre. ¡Mi nieto ha muerto en mis brazos perdonándoos!

—¡Si pudiese creerle inocente!

—¡El tiempo descubrirá la verdad; yo solamente he querido veros para llevaros el perdón de Crispo y el mío, y exhortaros al arrepentimiento! David pecó, David hizo penitencia... ¡Adiós, hijo mío!

El Emperador se echó á sus piés, exclamando:

—¡Perdonadme el dolor que os causo!

—¡Os he perdonado ya, y de nuevo os perdono, pero el perdón del cielo es el que debéis implorar!... ¡Adiós; voy á velar el cadáver de vuestro hijo!

XVI

EN JUDEA

En una risueña alborada de Mayo una larga caravana iba camino de Jerusalén: escoltábanla algunos soldados de á caballo; varios guías la precedían; numerosos criados, largas hileras de pacientes camellos cargados de provisiones, indicaban el rango y la dignidad de las damas que, las primeras desde los días de Tito, iban á visitar llenas de respeto la ciudad de los hebreos; y del fondo de las pobres aldeas y de las grutas abiertas en las rocas, los contados habitantes de aquella tierra desolada acudían para ver la madre del Emperador, que subía á los altos lugares de Sión. La anciana Emperatriz, encorvada bajo el peso de los años y de las penas, iba acompañada de la joven desposada á quien el César víctima de los celos de su padre y de la malevolencia de su madrastra debía dar con su mano el imperio del mundo, y de todos los bienes perdidos era éste el único que lloraba.

Lea, á caballo, marchaba al lado de la litera de Elena, y miraba tristemente sorprendida aquella Judea tan poco parecida á la hermosa Italia. La tierra de promisión, tantas veces hollada por sus dominadores, había perdido todos

sus encantos; no era ya aquel paraíso de delicias que Moisés describía á los hijos de las doce tribus: «¡Jehová, vuestro Dios, les decía, os introducirá en una tierra excelente, llena de ríos, fuentes y lagos, cuyas aguas saltan por valles y montañas; en una tierra que produce trigo, cebada, uvas, higos y granadas; en la tierra en que comeréis vuestro pan, donde no sufriréis carestía... y bendeciréis á Jehová vuestro Dios por haberos dado una tierra tan excelente!»

El terreno estaba inculto, y todo el país, desde Joppe hasta Jerusalén, lleno de desolación; la esterilidad cubría aquellos campos y verjeles, antes tan bellos, y que ahora sólo producían frutos ingratos y salvajes; los ríos estaban secos; las moradas de los antiguos habitantes de esta tierra maldita sólo ofrecían á la vista muros derruidos; el duelo, el espanto, los castigos de la celeste venganza pesaban sobre estos lugares cuya belleza habían ensalzado los sagrados historiadores; á medida que la caravana se aproximaba á Jerusalén, parecía aumentar la desolación: el sol caldeaba estas colinas cubiertas de polvo y estas ruinas que fueron en otro tiempo la ciudad de Samuel, la ciudad de los Macabeos, Rama donde vivía Jeremías, Emaús donde el divino Amigo de los hombres había consolado á sus afligidos discípulos; ciudades célebres un tiempo y de las cuales sólo quedaban ahora algunas piedras esparcidas: «Estas ciudades han sido arruinadas, y nadie habita en ellas,» había dicho el Profeta.

Los viajeros de quienes hablamos atravesaron el valle de los Terebintos, que presenció la victoria de David sobre Goliath; y pasando á pie junto el torrente, trepando y bajando las áridas montañas que rodean Jerusalén, vieron al fin envueltos en los ardientes vapores del Mediodía edificios de una blancura reluciente, muros, cúpulas, torres...

La emperatriz Elena salió de su litera, posóse en tierra, besóla, y exclamó en voz baja:

—¡A quién te compararé, oh Virgen de Sión! ¡tu dolor es grande como el mar, oh ciudad de Dios, de la que se han dicho tantas cosas gloriosas!

Lea se había arrodillado cerca de la Emperatriz, y contemplaba con emoción profunda aquellas colinas, aquel templo, aquellas torres, que vieron á Dios hablando con los hombres, que vieron á Dios muriendo en cruz.

—¿En donde está el Gólgota? preguntó á uno de los guías.

Se ha puesto á la venta este Almanaque que anualmente publica la REVISTA POPULAR, con grandes y artísticas mejoras, las cuales lo convierten en uno de los más hermosos almanaques católicos. Tamaño igual al de la «Revista Popular». Numerosos grabados. Elegante cubierta. Interesantes relaciones, novelitas, poesías escritas por distinguidos escritores españoles. Reproducciones de preciosos cuadros nacionales y extranjeros. Fotografías de Joaritz y Maries, J. Thomas y J. Furnells. PRECIO: 50 CENTIMOS, y 60, remitido por correo. Librería

PARA EL AÑO 1899
ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA

EXPRESO PARA EL ALMANAQUE por distinguidos escritores españoles. Reproducciones de preciosos cuadros nacionales y extranjeros. Fotografías de Joaritz y Maries, J. Thomas y J. Furnells. PRECIO: 50 CENTIMOS, y 60, remitido por correo. Librería

A NUESTROS LECTORES



A honda crisis por que atraviesa hoy nuestra patria se ha hecho sentir, como en todo, en la marcha económica de las publicaciones periódicas, y esta circunstancia impone á nuestra Revista quincenal, LAS MISIONES CATÓLICAS, una modificación, que juzgamos será del agrado de nuestros lectores y puede contribuir á la mayor difusión de la misma, poniéndola al alcance de mayor número de familias que hasta el presente.

Para conseguirlo, reduciremos desde Enero próximo á un número mensual los dos quincenales en que hasta hoy se había distribuido nuestra publicación. La subscripción, en consecuencia, se reducirá á poco más de la mitad del precio actual, ó sea á ocho pesetas anuales ó lo que es lo mismo, á cuatro semestrales; suma á que pueden llegar fácilmente multitud de personas que no podrían tal vez comprometerse á subscripción más costosa.

Por lo demás, LAS MISIONES CATÓLICAS, seguirán teniendo el mismo texto abundante y variado de siempre, y espléndida ilustración como no puede ofrecer ningún otro periódico religioso de su clase en paisajes, edificios, retratos y demás, que puede apetecer el más exigente en estas materias. Las tres ó cuatro últimas páginas serán de folletín también con magníficas ilustraciones.

Nos permitimos esperar que de esta suerte aseguramos más y más la vida de nuestra querida publicación, que por ser única en España debe excitar más que otra alguna, el interés y simpatía de todos los buenos católicos. A éstos toca hacer ahora lo demás, ayudándonos en esta parte tan recomendable de nuestra popular Propaganda, y haciendo, sobre todo, que sea más conocida de lo que hasta hoy lo fué del pueblo español esta amenísima y provechosa Revista. Sabido es, además, que sus productos, si algunos hubiese, se destinan íntegros al fomento de las obras de Misión, objeto primordial y nunca bastante recomendado de esta empresa.

La Redacción.



VIOLENTA PERSECUCIÓN

EN LOS TRES VICARIATOS DE SU-TCHUEN

Los temores que repetidas veces mostramos sentir no carecían de fundamento. Confírmalo el siguiente despacho remitido por M. Delpech, superior del Seminario de Misiones Extranjeras de París:

París, 7 Diciembre.

«P. Robert, nuestro procurador en el Shang-hai, comunícanos las últimas noticias recibidas del Su-tchuen.

«Continúan las destrucciones en los tres vicariatos del Su-tchuen. Pérdidas enormes, temo completa ruina sin una intervención inmediata.

DELPECH.»

Suplicamos á nuestros lectores recuerden en su oración á estas afligidas Misiones, y abrigamos la esperanza de que Francia, protectora de los cristianos de Extremo Oriente, prestará oídos á las desesperadas voces que le dirigen sus hijos pidiendo pronto socorro.

CORRESPONDENCIA

MUERTE DEL P. CHANÉS

Y DE TRECE CRISTIANOS

El reverendo Padre Superior del Seminario de Misiones Extranjeras de París, remite los siguientes detalles de la matanza de Kouang-tong, cuyas víctimas han sido el P. Chanés y trece cristianos. En anteriores números anunciamos tan dolorosos sucesos, pero los detalles subsiguientes muestran que la gravedad de los mismos excede á cuanto pudimos presumir. Tenemos la firme esperanza de que Francia, protectora del Extremo Oriente, se honrará pidiendo justa reparación por los crímenes cometidos, cómplice de los cuales ha sido un alto funcionario del imperio chino.

CARTA DEL ILMO. CHAUSSE, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, PREFECTO APOSTÓLICO DEL KOUANG-TONG.

Cantón, 23 de Octubre 1898.

EL día 14 de Octubre, á las cuatro de la tarde, recibimos la noticia del asesinato del P. Chanés, y comunicámosla á V. telegráficamente. A continuación paso á referir brevemente los detalles que he podido recoger del sangriento drama de Pak-tong, ciudad situada en el distrito de Pok-lo, en la prefectura de Wai-tchao, á 35 leguas de Cantón.

Completa tranquilidad disfrutábamos en toda la provincia, y nadie soñaba en recibir alarmantes noticias, cuando el 15 de Octubre á las ocho de la mañana sorprendiéndonos el siguiente telegrama:

P. Chanés quemado vivo junto con veinte cristianos.

Dos horas después nuevo telegrama:

P. Chanés tiene la cabeza aplastada por una piedra.

Firmaba los telegramas el P. Frayssinet, residente

á seis leguas de Pak-tong, misionero el más próximo del P. Chanés. Era indudable que pudo el Padre ser informado falsamente por los primeros cristianos que fugitivos y asustados llegaron á su residencia. Esperando, pues, resultaran falsas tan graves noticias, recobramos nuestra perdida tranquilidad, alentados por esta hermosa esperanza. Además, el virrey mandó decir por el prefecto que el Padre vivía, y por el subprefecto que el 13 de Octubre restablecióse el orden en Pak-tong. Estos detalles eran concretos y hermosos. Al recibir dolorosas nuevas el hombre fórjase siempre lisonjeras ilusiones, que la triste realidad arranca con mano despiadada.

Desgraciadamente el día 17 de Octubre supimos la verdad de cuanto había ocurrido: no cabía duda: el Padre Chanés *había sido muerto junto con trece cristianos*. En Pekín, al igual que en París, en el Ministerio de Relaciones extranjeras, conocióse ya tan triste suceso.

El hecho tuvo lugar del modo siguiente: En los alrededores de Pak-tong teníamos actualmente mil catecúmenos, sin contar los cristianos. Los paganos, y muy especialmente los mandarines, veían con dolor aumentar todos los días el número de los que profesaban la verdadera fe. Tiempo hacía que por asuntos de poca importancia los pueblos paganos estaban en guerra con los cristianos: estos últimos hallábanse sitiados.

Desde Cantón avisamos al virrey estos sucesos para que mandara fuerzas que dominaran la agitación. Su excelencia envió un comisario y ciento veinte hombres. El P. Chanés regresó á Pak-tong el día 10 de Octubre para deliberar con los mandarines.

Habíanse reunido cuatro mandarines militares con ciento veinte hombres y dos mandarines civiles: el subprefecto de Pok-lo y el comisario del virrey.

El populacho manifestaba odio mayor contra los mandarines que contra el Padre, por lo que el peligro no se creyó inminente. El día 13 al caer la tarde llegóse á un acuerdo, mediante el pago de 300 piastras para indemnizar á los cristianos de las pérdidas sufridas, evaluadas en más de 800.

El Padre aceptó, y sólo faltaban ultimar pequeños detalles que debían ser resueltos el siguiente día. El P. Chanés deseaba dejarlos y partir cuanto antes. Empezaron á sursurrarse rumores siniestros. Los paganos habían celebrado una reunión secreta en los afueras de Pak-tong, á corta distancia de la capilla católica. Deliberaron largo tiempo en la tienda del alcalde del pueblo, fiero enemigo de los cristianos.

Al amanecer del día 14 el subprefecto de Pok-lo envió algunos hombres á cobrar veinte piastras que le prometieron en un poblado vecino, y esta fué la chispa que produjo el incendio. Los pretorianos llevábanse preso al deudor, cuando repentinamente los paganos arrojáronse sobre ellos, mataron cuatro ó cinco, soltaron al prisionero, y dirigiéronse tumultuosamente á la pagoda, residencia del subprefecto. Intentaron incendiarla, pero se opusieron los agentes de orden público.

Entonces, obedeciendo una orden, los amotinados dirigiéronse á la capilla situada, como dejo dicho, al Noreste fuera de las murallas de Pak tong. Eran las ocho de la mañana.

El P. Chanés encontrábase dentro de ella acompañado de veinticinco cristianos ó catecúmenos. Sorprendidos por la muchedumbre armada y amenazadora, apenas pudieron disponer del tiempo preciso para cerrar las puertas. Intentaron romperlas descargando sobre ellas fuertes golpes de hacha. Las puertas no cedían, mas no por ello cejan en su empresa; los instigadores del motín dirígense al mercado, compran cuatrocientos cincuenta litros de petróleo, obligan á satisfacer el importe á otros que por mera curiosidad les seguían, y regresan llevando leña y paja. Amontonáronla toda á la puerta de la capilla, la rociaron con petróleo y pegaron fuego. Arrojan haces encendidas al interior del edificio. Pronto destructoras llamas eleváronse por todos lados envolviéndolo. Eran las diez de la mañana.

Momentos de inconcebible horror debieron ser éstos para los veinte desgraciados presos por espantosa montaña de fuego. Rodeábales feroz populacho, dos ó tres mil hombres cuyos infernales gritos parecían decirles dejaran toda esperanza de salvación, pues si intentaban huir ellos les darían muerte más cruel y más horrible que la de las devastadoras llamas: llenos de santa confianza abandonáronse con el heroico valor de la fe y la virtud cristianas á las manos de Dios, aceptando sumisos el sacrificio que de su vida les pedía.

La escena que se desarrolló entre las cuatro paredes de la capilla debió de ser una escena sublime. Dentro la iglesia había siete catecúmenos. El Padre con conmovido acento, enérgico como el valor del mártir, dirigióles breves palabras exhortándoles á contrición y al heroico, sublime y santo sacrificio de sus vidas, derramando acto seguido sobre sus cabezas las regeneradoras aguas bautismales.

Confesáronse los cristianos, recibieron la absolución y la indulgencia plenaria. Estaban preparados. Podían morir.

Siete largas horas prolongóse su tormento: el fuego había consumido las puertas: las balas disparadas fuera entraban silbando en la capilla, de súbito el mandarín militar de la localidad ábrese paso por entre los instigadores del motín y entra dentro de la iglesia. ¿Qué intenta hacer? Una débil esperanza animó el corazón de los prisioneros... desgraciadamente fué de corta duración. Entró allí para salvar á un su pariente. Conoció al P. Chanés, y le dirigió la palabra pidiéndole salvase á él y á sus queridos cristianos. El inhumano mandarín Wing-Tching-Tchong negóse cruelmente á escuchar tan justa petición.

Acababa de salir este alto funcionario acompañado de su pariente, cuando el populacho precipitose furioso dentro la capilla. Cabe el altar arrodillado permaneció el Padre ofreciendo al Señor el sacrificio de su vida. Había llegado su postrer hora. Una bala hirióle en la pierna, otra en medio del pecho saliendo por la espalda. Otra agujereóle la sien derecha.

A pesar de tantas heridas el Padre vivía aún. Arrojáronse sobre él los infames asesinos y lo acuchillaron, despedazándole el corazón y hundiendo la cabeza de un

hachazo, que echó fuera de ella parte del cerebro. El sacrificio estaba consumado.

En el paroxismo del tumulto algunos cristianos lograron mezclarse con la multitud, no fueron reconocidos y salvaron su vida.

Los trece que con el Padre sufrieron la muerte tenían casi todos destrozada la cabeza; estaban horriblemente desfigurados, y á muchos era imposible reconocerles. Eran las cuatro de la tarde. Robaron todo cuanto guardábamos en la capilla, y arruinaron techo y paredes sin dejar nada en pie.

Los cadáveres despojados de sus vestidos arrastráronlos hasta las orillas de un riachuelo que afluye á treinta pasos de la capilla. Desnudos y expuestos á las inclemencias del tiempo permanecieron allí durante dos días.

El tercer día el subprefecto mandó colocarlos en ataúdes y depositarlos en un sotechado. El cuerpo del Padre Chanés había desaparecido durante la noche: imposible es saber qué hicieron de él. Dicen unos que lo despedazaron y echaron al río, otros que lo quemaron rociándolo con petróleo. He presentado una reclamación al virrey.

En este extraño y triste suceso, desarrollado súbitamente, conviene hacer notar la circunstancia de que prolongándose nueve largas horas el sitio de la capilla, ningún mandarín ni soldado acudieron á socorrer al misionero. Los soldados acampaban á dos *lys* (800 metros) del que fué teatro de estos sucesos; el mandarín militar vivía á treinta pasos, y los restantes á menos de un kilómetro. Todos pocos días antes habían tratado con el Padre. Inútil es alegar la carencia de fuerzas suficientes para socorrerle, pues el mandarín de la población logró entrar en la capilla y salvar á su pariente cuando los amotinados estaban en el paroxismo de su loco furor. Preciso es conceder que existía un complot tramado contra la vida del Padre, ó renunciar á explicarse este horrible crimen. Tal vez el porvenir aclarará los misteriosos sucesos relatados. La reunión de los criminales en la tienda del alcalde de Pak-tong, reunión que duró toda la noche que precedió al suceso, tiene alguna relación con estos asesinatos.

Actualmente podemos afirmar que los principales causantes de cuanto hoy lamentamos fueron el subprefecto de Pok-lo y el virrey. Cuatro años habían transcurrido del día en que el subprefecto tomó posesión de su cargo, sin que en tanto tiempo juzgara crimen alguno: pasan de setecientos los asesinatos cometidos en este territorio, y á los criminales siempre se les ha dado completa libertad de acción. Varias veces intentóse destituirle, sin lograrlo jamás, pues cuenta con el apoyo de un gran mandarín de Cantón. Ciertamente es que al tenerse noticia de este crimen horrible, destituyéronle acto seguido: pero esta disposición llegaba tarde. Además, hiciéronlo cuando él acababa de envenenarse.

Indudable es que la culpa principal de estos trágicos sucesos corresponde al virrey, quien, hostil á los misioneros, ordenó secretamente á los mandarines no re-

solver los asuntos de los cristianos. Varios mandarines nos mostraron esta orden. Grande, muy grande era, gracias á Dios, el número de los catecúmenos; y esto molestaba profundamente al virrey. ¡Precisa asustarles! esta era su consigna.

Mr. Enrique Chanés nació el 22 de Septiembre de 1864 en Coubón, cantón de Puy. Recibió órdenes menores en el Seminario de París el 25 de Octubre de 1887, y fué ordenado sacerdote el 21 de Septiembre de 1889, saliendo para Cantón el 23 del siguiente Diciembre.

LA PERSECUCIÓN EN SU-TCHUEN

A continuación publicamos los primeros detalles de la persecución que aflige á los católicos del vicariato del Ilmo. Chouvelón. Al ver la facilidad con que los bandidos realizan sus planes, y la impunidad de que gozan casi siempre, imposible es dudar de la complicidad ó incuria de las Autoridades locales. Sea de esto lo que fuere, los perseguidos piden á Francia que les proteja y á nuestros subscriptores que les ayuden con oraciones y limosnas. La siguiente correspondencia está escrita por el Ilmo. Chouvellón, vicario apostólico del Su-tchuen Oriental, y dirigida á M. Cottin, procurador del Su-tchuen.

6 de Octubre de 1898.

La persecución crece, los bandidos realizan sus planes ordenada y metódicamente gracias á complicidades ó debilidad de los mandarines, que obedecen las órdenes de Yû-man-toé.

Los distritos de Hô-tcheou, Tin-yûen, Hong-liang, Fa-tsiou, Yuin-tchang, Yuin-Tchôen y Py-Chân han sido destruidos, asolados y pasto de las llamas; los cristianos, reducidos á la miseria más absoluta, son perseguidos, y no pueden vivir ni en sus casas ó pueblos, ni en las ciudades de Yuin-tchang, Yuin-tchoan, etc., y los mandarines amenazan entregarles á sus fieros perseguidores.

En Tong-liâng, el P. Jerónimo Hoang, sacerdote indígena, de enfermiza salud y 68 años de edad, antiguo alumno de Pinang, fué entregado á sus enemigos por un mandarín. Robada en 18 de Septiembre del corriente año su capilla, refugióse el Padre en el pretorio aceptando la invitación hecha por el mandarín, esperando ver restablecerse la perdida tranquilidad. Diez días habían transcurrido, era el 28 de Septiembre, cuando presentóse ante las murallas de Tong-liang el jefe de bandidos Yû-man-tsé, pidiendo la entrega del sacerdote indígena. Bastaron sus amenazas, y antes que la población fuera asaltada, antes que se disparara un solo fusil, vió el sacerdote invadida su estancia por los soldados del pretor, que lo derribaron, apalearon y arrastraron fuera. Cogieronlo estos infelices por piés y manos, y llevaronlo hasta las murallas. Atáronle con una larga cuerda, hicieron señales á los rebeldes para que se aproximaran, descolgaron al Padre hasta al pie de las murallas, entregándole herido y ensangrentado á sus enemigos. Esta es la manera como el mandarín Fonté-kuen, miembro de la Academia de Han-lin en Pekín, entiende los derechos de la hospitalidad. Junto con el sacerdote entregaron también dos de sus criados.

Todos los días de la mañana á la noche llegan á nuestra residencia estos infelices perseguidos, asustados, rendidos por la fatiga, desprovistos de todo, y preciso es proporcionarles albergue, alimento y vestido. ¿Podremos hacerlo largo tiempo?

Cuantas residencias teníamos en Tchông-kin, todas han sido destruidas; carecemos de sitio para alojar tanta gente, y los paganos por odio ó por temor rehúsan alquilarlos sus casas. ¿Nos abandonará Francia? ¡Rogad á Dios por nuestros infelices perseguidores!

TERRITORIO DE LA PAMPA CENTRAL

Excursión apostólica del Ilmo. D. Juan Cagliero (continuación)

(Correspondencia del R. P. Vacchina)

Salida para Victorica.—Incomodidad del viaje.—Aspecto de la Pampa.—Victorica.—Triunfal recibimiento

EL 26 de Octubre nos levantamos á las dos de la madrugada, y celebrada con toda comodidad la santa Misa *ante lucem*, salimos para Victorica, pueblo de unas 6,000 almas, distante de Santa Rosa unos 200 Km. No hay ferrocarril, ni caminos trillados; con gran velocidad es uno arrastrado por una docena de caballos ó mulos, en un incómodo carruaje que lleva el nombre de galera: se corre saltando y con traqueteo continuo; remolinos de tierra, de fina arena á cual más sofocante se suceden sin interrupción, y mientras tanto los pobres encerrados de la galera se van haciendo reverencias inoficiosas, se dan recíprocas cabezadas, y deben poner, para conservar el equilibrio, más empeños que los Gabinetes políticos para la paz de Europa. ¡Ay de los viajeros si se volcara la galera cuando los caballos corren á todo escape! Por todos estos motivos S. S. empezó á sentir el mareo como si estuviera en alta mar; el P. Franchini, gimiendo y suspirando, se echó en el fondo de la galera, y yo tenía un hambre canina, pero ¿cómo se podía *gaudere cum fletibus*? Al fin, como Dios quiso, el camino mejoró, cesaron los traqueos de la galera, desapareció el malestar, y todos sentimos los estímulos del hambre. Bajamos, sin desatar los caballos, á la benéfica sombra de un *caldén*, y viajeros y conductores dieron el asalto á las provisiones que las buenas gentes de Santa Rosa habían preparado para S. S. Ya era tiempo: hacía ocho horas que corríamos sin otro alimento en el cuerpo que una taza de infusión de menta. Habiéndose parado la galera cerca de una rústica cabaña de barro, la dueña, buena señora del Bearn, quiso absolutamente que el señor Obispo visitara su casa, y viéndonos tan pálidos y decaídos nos ofreció el té de menta, que nos sirvió de excelente cordial y aperitivo. En todo este trecho del camino no vimos más que alguna que otra choza, en las que no siempre es posible hallar hospitalidad. Cada uno se las compone como Dios se las da á entender, y las penalidades condimentadas con los pensamientos que nuestra fe nos sugiere, se hacen tolerables y hasta muy llevaderas.

Nos quedaba la porción más larga y menos incómoda del camino, y nos pusimos en viaje. Se me olvidaba hacer notar que cada diez ó doce kilómetros se cambia la



GABÓN.—Nuestro anciano compañero de viaje. (Pág. 559)

posta. ¡Cuán fastidiosos y largos son á veces semejantes cambios! El indio jamás tiene prisa, y á las insultantes palabras de los mayores, contesta con la más inalterable calma y como si nada fuera.

No teniendo ya por qué temer una colisión de nuestras respetables narices, pudimos darnos cuenta del aspecto de la Pampa, que es muy poco pintoresco y nada agradable; llanuras que se pierden en el horizonte acá y acullá levemente onduladas, á trechos arenosas y á trechos con algo de vegetación, extendiéndose en esta última parte inmensos bosques de *cáldenes*, plantas bajas de ramificación espinosa y con hojas raras y raquílicas, sirviendo apenas para

combustible. De ríos, arroyos y vertientes, ni vestigios: se ve alguna que otra laguna cristalina, pero de agua salobre y únicamente servible para las bandadas de patos que abundan mucho, y cuya carne es pestífera y muy dura. A pesar de todo, los terrenos de la Pampa son costosísimos, y se prestan mucho para el ganado. Los vimos poblados de caballos, de manadas de bueyes y vacas, de grandes rebaños de ovejas que abrevan como acostumbraban en tiempos de Abrahán y Jacob, en pozos de forma rectangular y muy hondos, llamados *jagüeles*.

Confortados por la anterior refección, distraídos por la agradable conversación de Su Ilma., que hablaba de D. Bosco, de los comienzos de nuestra Congregación, de sus largos y curiosos viajes, etc., sin darnos cuenta habíamos llegado á las inmediaciones de Victorica; nos lo avisó un birloche que venía hacia nosotros corriendo como el viento, con nuestro querido misionero de Victorica, el R. P. Luis Luciani, acompañado de un delegado del pueblo para dar la bienvenida á S. S., y regresar inmediatamente para hacer los últimos preparativos para la solemne recepción del señor Obispo.

Era, pues, preciso dar tiempo, por lo que nuestra galera disminuyó la velocidad, y nosotros empezamos á aliñarnos un poco para ser al menos presentables. Una capa de polvo se había extendido de tal manera sobre nuestra cara, manos y trajes, que parecíamos mineros recién salidos de las cuencas carboníferas.

Apareció el pueblo: su caserío es reducido; situado en una planicie arenosa, rodeado de medanos, con apenas uno que otro grupo de álamos, no se puede colocar entre los pueblos hermosos, y además, siendo casi continuamente azotado por los vientos y torbellinos de arena, los propietarios prefieren la campiña y viven en sus *estancias*, que son, dicho sea para los que lo ignoran, casas de campo suficientemente cómodas y algunas hasta lujosas. La entrada de S. S. Ilma. fué un triunfo: las calles estaban alfombradas con hierbas y flores. El P. Luciani, su clero menudo con cruz alzada, las



GABÓN.—Poblado pahuino. (Pág. 559)

Autoridades, los principales contribuyentes, las escuelas del Gobierno, la población entera se había agrupado á la entrada de la calle embellecida con ramajes, arcos triunfales y banderas de varias nacionalidades en manera de semejar un bosque. También los edificios estaban embanderados, participando del regocijo público. Señoras, señoritas, niños y niñas arrojaban sin cesar flores á los piés de S. S.; algunos lo vitoreaban, y otros le pedían su bendición con la mayor fe: en fin, cosas más para vistas que para descritas. El señor Obispo desde una plataforma, en medio de montones de flores, pronunció una ardiente alocución, dando con ella comienzo á los trabajos apostólicos; á continuación se cantó el *Te Deum* y se dió la bendición con S. D. M. Los misioneros hubiéramos deseado retirarnos en seguida, pues estábamos enteramente rendidos por el viaje; pero S. S. quiso visitar las escuelas, agradecer á los niños la recepción, entenderse con el Consejo Escolar para conseguir que las escuelas asistiesen á las funciones de la Misión, y recibir las visitas más importantes, por lo que nos fuimos á descansar bien tarde y molidos.

En Victorica el misionero no tiene más alojamiento que una pobre habitación que sirve también de sacristía; nosotros nos hospedamos en casa del señor maestro, pagando el pueblo los gastos de nuestra alimentación. No teniendo las habitaciones cielorraso, desde el techo nos llovía un polvo finísimo y penetrante, siendo cosa por demás chistosa vernos comer y estudiar bajo paraguas como en pleno aguacero.

Excelentes y copiosos frutos de la Misión.—Visita de cárceles y libertad de dos prisioneros.—Grave peligro corrido por el Ilmo. Sr. Cagliero.—Estrecheces y consuelos del misionero de Victorica.

Diez días nos paramos aquí, muy ocupados por cierto: las dos meditaciones é instrucciones diarias, las confirmaciones, los bautismos y matrimonios nos tenían siempre ocupados en la capilla. Respondió especialmente á nuestras fatigas la juventud; tenían tanta ávidez para la enseñanza religiosa, se mostraban tan dóciles, que realmente nos estimulaban á ocuparnos con ardor de sus almas. Tan sólo las primeras Comuniones fueron más de ochenta. ¡Cuánta fe en aquellos buenos cristianos! ¡Cuántas vocaciones sacerdotales y religiosas si fueran atendidas! Pero ¿cómo es posible con un solo misionero?

Al igual que en Santa Rosa, el principal empeño de S. S. fué legitimar los matrimonios unidos civilmente, y fué tan feliz, que lo consiguió hasta de los más rezagados; tres de éstos, de los más notables de la localidad, por simpatía y agradecimiento á S. S. quisieron festejarle con un suculento banquete del que participamos también los misioneros. Su Ilma. llevó allí su celo siempre industrioso, y con nuestros cultos comensales pasamos momentos de tan dulce y cristiana expansión, que nos hicieron recordar las bodas de Caná. Los comerciantes, casi todos franceses, españoles é italianos, quisieron también tener á S. S. en su compañía en un almuerzo; la última noche de nuestra permanencia en Victorica honraron también nuestra mesa con sus regalos y presencia varias distinguidas personas

del pueblo, mientras una orquesta formada con guitarra, violín, flauta y mandolina amenizaba el improvisado banquete. Los músicos, que conocían la habilidad y delicadeza de S. S. en cuestiones de música, tocaron con entusiasmo, confiados en la bondad de su corazón. El penúltimo día de la Misión fué dedicado á la visita de cárceles, con gran regocijo de los pobres presos, dos de los cuales, gracias á S. S., consiguieron la libertad. No acabaría nunca si quisiera recordar todas las finezas que usaron con nuestro querido Obispo. Sin embargo, poco faltó para que un hecho sencillo produjera la más espantosa catástrofe. Los Sres. Capdeville y Dewovrin, *estancieros* franceses, que poseen más de 40 Km.² de terreno, cuarenta mil ovejas, diez mil vacas y millares de caballos, rogaron á S. S. que tuviera la bondad de ir á su posesión para administrar los Santos Sacramentos á los pastores. Su S. iba en un *sulki* (cochecillo en el que apenas caben dos personas) tirado por un noble, brioso y hermosísimo caballo blanco. De improviso el caballo se asusta, empieza á correr sin hacer caso al cochero, que lo quería sujetar tirando de las riendas con ambas manos y con toda su fuerza. La carrera era vertiginosa, y quién sabe á dónde hubieran ido á parar todos si el caballo no hubiese entrado en un patio que tenía por entrada un espacioso portón. Al entrar el *sulki* chocó con una hoja del portón; S. S. fué arrojado sobre un montón de arena, y el P. Franchini cayó sobre un montón de escombros recibiendo sólo un leve rasguño en la mano izquierda. No me detengo á pintar nuestro espanto: creíamos hallar á S. Ilma. destrozado, siendo inmenso nuestro gozo cuando lo vimos en pie, sonriendo y limpiándose el polvo del sombrero y del traje. Con toda calma volvió á subir en el mismo carruaje, cambiando tan sólo de cochero, poniéndose en su lugar el mismo Sr. Capdeville. Habíamos puesto nuestro viaje bajo la protección de María Auxiliadora, y Ella nos hacía experimentar su bondad salvándonos de la mayor desventura. ¡Bendita sea eternamente!

El 3 de Noviembre estábamos de vuelta para Santa Rosa. Era todavía oscuro, y muchas personas estaban ya agrupadas en derredor de la galera para despedirnos. ¡Pobre P. Luciani, qué triste estaba! Si la soledad apenas generalmente á todos, para nosotros, acostumbrados á la dulce vida de comunidad, es tristísima; yo puedo atestiguarlo que la experimenté por once largos meses. Pero el buen estado en que encontramos la Misión de Victorica nos hace prudentemente suponer que el buen P. Luis Luciani debe hallar, como San Francisco Javier, su reposo y su consuelo al pie del tabernáculo. Nosotros, con todo el ardor de nuestro fraternal afecto, le auguramos que éstos sean tales y tantos que le recompensen abundantemente de la ausencia de los superiores y demás hermanos, y le alivien de la verdaderamente austera penitencia que le rodea. Figúrese, amado Padre, cuatro paredes enormes, mal techadas con viejas chapas de cinc, y un pavimento pobre y gastado, y se formará un concepto nada más que aproximado de la capilla de Victorica. Cuando sopla el viento, cosa que aquí es de todos los días, las chapas del techo, mal aseguradas, producen un estruendo endiablado, nubes de polvo invaden el ambiente haciéndole intolerable, y hasta en los actos más sublimes de

nuestra Religión es preciso darse maña en cada momento para resguardar los Santos Misterios de una considerable dosis de tierra. Nada le digo á V. R. de la sacristía. El P. Luciani duerme en un colchón que cada noche extiende sobre los bancos de la escuela, por lo que S. S. no quiso alejarse de Victorica sin que antes le prometiera el Municipio reparar la capilla y la casa para el sacerdote. Ahora, amado Padre, en nombre de S. S. recomiendo á su caridad al P. Luciani, pues necesita *absolutamente* un compañero, sin el cual tendrá que abandonar aquella Misión de tan halagüeñas esperanzas.

Para el día 4 de Noviembre nos esperaban en Toay, pueblecito pequeño de apenas 400 habitantes, con ferrocarril, buena estación y un risueño porvenir. Una hora empleamos desde Santa Rosa en un *brek*, sirviéndonos el viaje de divertido paseo, pues los alrededores de Santa Rosa y Toay son pintorescos, risueños, floridos y variados. Muchas casas están construidas á la moderna, en medio de bosquecitos de álamos que las dan un aspecto poético y delicioso. Nosotros las vimos además adornadas de vistosas y multicolores banderas. Anunciados por el alegre estruendo de las bombas, acompañados por un inmenso gentío y precedidos por una incipiente banda de música, llegamos á la morada del Sr. Jhon Bronn, gerente de la Sociedad del ferrocarril de Toay á Bahía Blanca. Este señor es protestante; pero no está lejos del reino de Dios; S. S. confía mucho en su conversión. Por lo demás, es hombre emprendedor, de criterio práctico y justo, y no cree posible ninguna civilización sin base religiosa: habiendo elegido un área de terreno en buena situación, trazó la longitud de los cimientos para edificar una iglesia dedicada á... María Auxiliadora, y llamó al Ilmo. Sr. Cagliero para que *bendijera* la primera piedra. Para eso fuimos á Toay.

A Toay.—Loable y digno ejemplo de un protestante.—Bendición de la primera piedra de una iglesia de Marta Auxiliadora.—En marcha para la capital.

Terminadas las primeras ceremonias que exige la etiqueta, mientras S. S. recibía las visitas, los misioneros fuimos á la escuela municipal de la localidad, en donde el P. Roggerone había improvisado una capilla. El P. Roggerone, como V. R. sabe, es el misionero ambulante de la Pampa. Da vueltas por la campaña para administrar los auxilios de la Religión á los imposibilitados y enfermos, y cada dos meses, poco más ó menos, va á purificar su conciencia y la de sus compañeros residentes en las iglesias mencionadas. ¿Apenas cada dos meses? No es posible obrar de otra manera por la escasez de personal y dificultad de las comunicaciones; por lo demás, puedo asegurar á V. R. que estos Padres hacen una economía atroz de pecados, y no se halla en aquellas Misiones más polvo que el que levanta el viento. Y ¿qué dirá V. R. sabiendo que en el Chubut por falta de confesor estuve yo once meses sin confesarme? Pero cuando después de tres meses de viaje llegó el P. Milanés y pudimos consolarnos como San Antonio y San Pablo en el desierto, me confesé *effusive* y *diffusive* ante toda la gente admirada, compungida y contenta de ver á su pobre pastor golpearse

el pecho como cada *quisque* y cantar el *mea culpa* ni más ni menos que como los demás pecadores. Cuando por razón de la obediencia debemos pasar por semejantes aprietos, Dios nos acompaña y esto nos basta.

Pero volviendo ahora á nuestra improvisada capilla, el R. P. Roggerone rezó la Misa, confesamos luego y se confirmaron unos setenta, terminando el acto con la bendición episcopal. En la comida hubo alegres discusiones, brindis y mucha animación entre los comensales, distinguiéndose entre éstos el Sr. Bronn, que es un verdadero tipo inglés.

A las dos de la tarde hubo música, cohetes y bombas: afectuosa demostración por la llegada del tren en el que venía el padrino y la madrina de la nueva iglesia, Sr. De-Chapeaurouge y su distinguida hija y varios conspicuos caballeros que lo acompañaron: entre éstos recuerdo al Dr. Aguilar, fiscal del Territorio, y al señor Arrigas Fons, director del diario *La Capital*. La ceremonia, con los discursos del celebrante y del señor Gobernador, duró una hora y media; después se confirmaron algunos y se dió de nuevo la bendición episcopal, y á las cuatro, en tren expreso y en un coche reservado salimos para General Acha, última etapa de nuestra evangélica excursión en la Pampa.

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

XX

En el río Bombé

HUBIÉRAMOS deseado vivamente remontar hasta el extremo el río Bombé. En sus orillas se escalonan sucesivamente siete grandes poblaciones. El jefe de la última nos invitó mucho á que lo hiciéramos. La víspera, en el momento de partir de Aishe, sin dar aviso subió á nuestra canoa, y se puso á remar tranquilamente. (*V. el grabado de la pág. 557*).

Sólo al cabo de un cuarto de hora le preguntamos el objeto de su viaje, y quedamos amigos. Tal es la costumbre en estos países.

Cuando un pahuino quiere viajar para ver países, la impedimenta tan complicada de nuestra civilización europea no le entorpece gran cosa; sus preparativos pronto están hechos. Con el saco al hombro y el remo en la mano se dirige á la ribera. Al pasar una piragua da voces; ésta se acerca; sube á ella y empieza á remar; como se ve, esto no ofrece dificultades. Nada de tarjetas, ni de registro, ni de desembolso. En todas partes entre las gentes de su raza hallará gratis víveres y albergue, fuego y luz. Cuando se sienta fatigado, otra piragua le conducirá, y adelante.

Con nuestro buen jefe hubiéramos querido remontar más el río, tanto más cuanto se nos prometía mostrarnos café. En la Misión nos vendría de perlas tener esta planta indígena. A pesar de todos los cuidados, el cultivo de la preciosa rubiácea no es de las más lisonjeras en Gabón, y sea delicadeza de la especie *Liberia*, especie la más común, ó de las otras variedades intro-

ducidas, sea defecto del suelo, la colonia no está en disposición de exportarla en grande escala.

Los indígenas de este lugar manifiestan conocer el café; así no descuidé preguntarles dónde podría encontrarlo. Mas, como todo pueblo salvaje, estos indígenas son desconfiados, y si se les pide café creen que es cosa preciosísima, y se ponen en guardia. Por fin, al cabo de prolongada discusión y mediante regalo prometen presentarnos el codiciado fruto: nos lo traen, en efecto, el día siguiente; pero como la planta no tenía flores ni frutos, imposible decir exactamente si era café.

Puede irse al pueblo próximo por tierra y por el río. Dimos la preferencia á esta última vía; pero no la recomiendo á los futuros exploradores, por lo menos en la época de las grandes lluvias; con ocho hombres y una piragua ligera apenas podíamos remontar la corriente, y dudo que pueda conseguirlo una chalupa. La corriente, en efecto, alcanza fácilmente de seis á siete nudos en ciertos sitios: el río hace recodos bruscos, y sin cesar á nuestro lado pasan como flechas árboles enteros, arrastrados por corriente furiosa: ruedan, preséntanse de lado, de frente, de través, y sin la vigilancia del piloto zozobraríamos cien veces.

¡Cuán bellas son, sin embargo, las orillas del Bombé! Han desaparecido los tristes paletuvios, y en su lugar la majestuosa palmera *ndzan* deja caer graciosamente sus inmensos penachos de hojas, de un verde vistosísimo é intenso. Multitud de flores, lianas, viejos troncos cargados de orquídeas abiertas, árboles magníficos que aun no he visto sino allí, ¡qué espectáculo encantador, qué rica cosecha para un botánico! Por desdicha no es posible abordar, y hay que contentarse con mirar, y gracias.

En todos estos ríos el pescado es abundante y variado; y los naturales tienen muy buena traza para apoderarse de él: en estas corrientes rápidas es imposible echar el esparavel; así hay que arreglarse con un cañal. Con bambús ó más bien con tallos de rafia hácese los cañales de uno á dos y medio metros de altura, y con frecuencia de diez á quince metros de largo: con ellos, en la alta marea, los negros cierran todo un lado del río ó torrente cualquiera; en la baja marea el agua se va y quedan los peces; este trabajo lo encomiendan generalmente á las mujeres.

Encuéntrense aquí unas cincuenta especies por lo menos, buenas para comer: entre ellas una clase de ciprinas, el *orindi*, escamas verdes, y particularmente recomendable; el *won* ó capitán, delicada carne blanca; la anguila, que alcanza proporciones enormes; el *ogombé*, de cabeza monstruosa, y hermoso color rojo; otra de cabeza negra, sin escamas y barbudo; el *nozi*, que vive en el lodo y se nutre de hierbas; y otras muchas.

La aldea á donde llegamos, pronto no ofrecía más que un interés relativo. Para nosotros, misioneros, fué propicio, pues allí nos siguieron cuatro jóvenes, dos de ellos hijos del jefe. Actualmente hállanse en la Misión,

en camino de llegar á ser buenos cristianos, y de asegurar así la salvación de sus hermanos.

Como he dicho más arriba, hubiéramos querido remontar el curso del río; pero aun teníamos que visitar Ikoi, y el tiempo de que disponíamos era limitado. Preferible era, por lo demás, detenernos en Ikoi, pues de esta suerte completábamos el reconocimiento del estuario de Monda, y también queríamos examinar por nuestros propios ojos la realidad de un rumor que había llegado hasta nuestros oídos.

Dícese, ó mejor, decíase, que el río Ikoi, que va á precipitarse detrás de la punta Ovendo, cerca de Komo, y el otro río del mismo nombre que dirige su curso hacia Monda, no estaban separados más que por una lengua de tierra, facilitando la comunicación entre ambos ríos, y la ida de Komo á la costa de Bata, en Muny, etcétera: de consiguiente, considerable abreviación de distancia, y supresión de todo el estuario de Gabón.

XXI

En el Ikoi

Entramos, pues, en el famoso río Ikoi: por desdicha está poco poblado, pues hay una sola aldea en sus orillas, lo que por otra parte nada tiene de extraño: el agua dulce es muy rara por aquí: el río Ikoi es sólo un ancón: lo hemos remontado hasta el punto en que el agua espira en la arena: en todas partes no hay más que agua salada, agua del mar.

Habiendo partido de Estameyon á las diez y media, nos encontramos por la noche en pleno río Ikoi, sin sitio donde abordar. Mientras la marea nos es favorable, nuestros remeros, que apenas tienen que hacer otra cosa que dejarse llevar por el agua, están contentos: nada de gritos y reclamaciones; todo sigue tranquilamente.

Mas ¡ay! toda medalla tiene su reverso: poco á poco el río se para, y luego el agua empieza á descender, á descender continuamente, y nos es contrario. Hay que luchar, luchar, y los brazos están cansados.

En vano, á cosa de las ocho, dejamos á nuestros hombres que coman y descansen.

Media hora después, cuando hay que proseguir la marcha, los brazos están rígidos, y la piragua lejos de parecerse á la ligera gaviota, recuerda esas limazas que adelantan lentamente por los senderos herbáceos.

El espectáculo, no obstante, es encantador, y creemos viajar en un mar de fuego. Cada golpe de remo hacía volar al aire miríadas de brillantes gotitas. Por un fenómeno bastante frecuente en estos países, el agua se vuelve fosforescente. Infusorios ó animalículos, poco importa: en todo caso, son infinitamente pequeños. Los muchachos se divierten en hacer saltar el agua en torno suyo. Nosotros mismos nos mojamos las manos para verlas derramar argentíferas cascadas. Una estela de fuego marca el curso de nuestra barca: imposible expresar la belleza de este espectáculo, siempre variado y siempre el mismo y sobremanera encantador. Las movibles y transparentes aguas caen en fina lluvia de plata, para desvanecerse bruscamente á lo lejos, en la oscuridad de la noche, en las orillas lodosas y tristes: inmenso velo sombrío parece rodearnos, estre-

charnos, envolvernos en sus pliegues solitarios, pues en el cielo no luce una estrella ni claridad alguna, y no se oye en la tierra un solo grito de insecto, un canto de ave, ni siquiera el llamamiento siniestro del murciélago, ó el desapacible canto de la rana: en el río estamos solos, enteramente solos.

De vez en cuando parécenos oír resonar á lo lejos el tam-tam: levántanse entonces los remos, y escúchase. Ilusión acústica ó eco lejano de algún baile salvaje, no lo sabemos. Entre tanto continúa la marcha lenta, fastidiosa. De pronto, como una lámpara que se apaga, como talón escénico que súbitamente baja y oculta actores y hechicero espectáculo, de golpe cesa toda luz fosforescente, ya no se ven miríadas de chispas, ni

una estrecha canoa, es problema de resolución difícil. Poco á poco la fatiga entorpeció nuestros ojos. Pesada somnolencia, en efecto, en que apenas se tiene vaga idea de la sucesión del tiempo: en el fondo de la piragua, el P. Monnier y yo estamos medio sentados y medio tendidos: damos vueltas y más vueltas, y acabamos por convenir en que el fondo está muy mal cepillado.

Ponemos á la mala fortuna buena cara. Por lo demás no debemos desdeñar una pequeña ocasión de sufrir por Dios. De vez en cuando abrimos los ojos: el majestuoso Orión, que brilla sobre nuestras cabezas, no anda audazmente: ¡verdaderamente el rey David no tiene prisa y no impulsa su carro!

¡Y el río baja y baja! ¡Ah, P. Monnier, qué sitio ha-



TCHE-KIANG (China).—Pou-tou.—Pagoda de los Nueve-Dragones. (Pág. 563)

reflejos cambiantes, ni juegos brillantes de blanca luz; todo se extingue. Y en las tinieblas de la noche, arrástrase la piragua por las espesas ondas. La marea baja más pronto, el esfuerzo tiene que ser mayor, la fatiga entumece los miembros, y hay que detenerse. Es media noche. Hay que esperar dos horas el reflujo. ¿En dónde está la aldea que buscamos? No se ve una hoguera en el horizonte. ¿La habríamos, por casualidad, dejado atrás? Sea como quiera. Acerquémonos á la orilla, y aguardemos los acontecimientos.

Amarramos nuestra fragata á un árbol de la ribera, un paletuvio que parece nos alarga expresamente sus brazos propicios.

Por suerte no hay mosquitos; pero dormir quince en

béis escogido para amarrar la canoa! Henos en seco sobre el lodo: restos de toda especie; fango negruzco, profundo, nauseabundo; miasmas deletéreos se desprenden de todas partes.

Cierto día, en Lambarené, cogimos en un hoyo un soberbio hipopótamo. Por desdicha, cuando llegamos, el animal, muerto hacía dos días, anunciaba altamente su presencia á más de cien metros á la redonda: lo que no impidió que nuestros muchachos lo despedazasen, lo secasen... y lo comiesen.

Hoy experimentamos la misma impresión. ¿Cómo no sufrimos aquella noche un terrible ataque de fiebre? Sólo Dios lo sabe, que en tales casos da á sus pobres misioneros abundantes gracias de estado.

Termina por fin la noche: paulatinamente el flujo levanta nuestra quilla, y pronto flotamos: ¡adelante! Nuestros muchachos, descansados, pues dormirían sobre piedras, reman y cantan. Al cabo de una hora llegamos en plena noche á la aldea de Iwoi.

Recíbenos con la hospitalidad habitual, y una hora más tarde todo el mundo dormía otra vez.

DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NIGER

CON LA EXPEDICIÓN HOURST

IV

Permanencia en el fuerte Archinard (continuación).

Qué podíamos hacer de provecho durante seis meses en el fuerte Archinard? Los trabajos, los ejercicios militares no ocupaban todo el tiempo: era preciso utilizar nuestro ocio forzado, y con buena voluntad así lo hicimos, de suerte que los seis meses, si no nos parecieron muy breves, fueron por lo menos muy soportables.

Desde luego, teníamos gaceta diaria, pues no pocos hombres, movidos por variados intereses, venían casi todas las mañanas con noticias de la región. Usmán acudía á examinarnos, y reflejaba sin duda el estado de los ánimos en Say. Un pulo, espía de oficio, transmitía al comandante todo lo que se decía ó tramaba contra nosotros.

—Puedes tener en mí absoluta confianza, le decía: otros te mienten ó te dicen cosas que se forjan; mas yo no, yo soy el hombre de confianza del jefe de Say, Ahmadu Saturu, quien nada haría sin consultarme. Puedes, pues, creer sin vacilación alguna todo lo que te refiero.

Pero el pulo Kalifa especialmente formaba nuestras delicias: era «el introductor de embajadores.»

¡Recibimos, pues, embajadores! Cada aldea, cada tribu enviaba emisarios para manifestarnos su buena voluntad con nosotros, y Kalifa los conducía y salía garante por ellos: eran recibidos, no porque se les diese crédito alguno, sino por pasatiempo y como estudio de costumbres.

Tampoco faltaron noticias de sensación: «La columna salida de Massina marchaba sobre Say, mandada por blancos;» y aun se fijaba el número de los expedicionarios. «De Tombuctu venían comerciantes con tropas, etc., etc.» Como acogíamos estas graves comunicaciones con carcajadas homéricas, el pulo Kalifa nos presentaba el día siguiente á los indígenas que habían visto á los blancos, y que expresamente venían de muy lejos para anunciárnoslo.

Tales eran nuestras recreaciones: no obstante, aprovechábamos también el tiempo en trabajos científicos y literarios. El Dr. Taburet velaba por la salud de todos con solicitud maternal y firmeza de padre, y recogía muestras entomológicas, ornitológicas, botánicas y geológicas. Su reputación de coleccionador era tal que las mismas serpientes parecía se presentaban en su choza para que las metiese en frascos.

El Sr. Baudry elucidaba los misterios de la lengua de los fulbos, é introducía la regularidad en las investigaciones inextricables de sus ricas formas.

El Sr. Bluzet estudiaba la lengua del interesante pueblo mati y recogía sus leyendas. El comandante se apasionó por el tamachek. Por mi parte tomaba participación en sus trabajos, cultivaba un poco el songhai y daba lección.

La población escolar la formaban los negros: unos querían aprender las letras; otros, menos ambiciosos, se contentaban con los números.

—Padre, enséñame las matrículas.

Mis alumnos más distinguidos eran Mussa y Diguí—Mussa, hijos del rey de Diamu y criado del Sr. Baudry. Al último le devoraban las ansias de aprender: leía y escribía todo el día con gran perjuicio de su amo, que no pudo menos de confesar que estaba muy mal servido. Mussa acudía á clase con preferencia por la mañana, seguido de Fili, su cautivo, criado del señor Bluzet, y de mi sirviente Mamadu, que se creía obligado, por bien parecer, á seguir el curso. Empezamos por historias. Mussa prefería á todo los rasgos tomados de la Sagrada Escritura.

—Padre, refiere una historia de Dios.

Empecé mi relato, y al cabo de un minuto Mamadu abría la boca, cerraba los ojos, y se dormía.

Fili, en los pasajes interesantes sacaba la lengua y frotábase las piernas. Mussa movía la cabeza diciendo:

—¡Ah! ¡Oh! ¡Padre mío! ¿qué dirán las gentes de Diamu cuando vaya á referirles todo esto?

Pero Mussa había comprendido que su ciencia sería incompleta hasta que hubiese enriquecido su vocabulario; así recogía cuidadosamente todas las expresiones nuevas que oía, y las notaba para pedirme luego su explicación.

—Padre mío, ¿qué quiere decir *pastelero*?

—¿Quién te ha hablado de *pastelero*?

—Esta mañana mi subteniente me ha dicho: «Mussa, eres un *pastelero*».

Diguí era mucho más interesante: pronto supo leer y escribir regularmente (no me refiero á la ortografía). Nuestro libro de lectura era el «Manual del perfecto timonero, ó el del perfecto gaviero.» Desenredábamos juntos una frase; yo le explicaba las palabras y la construcción de aquéllas, y luego Diguí me daba pormenores de las maniobras de que se trataba. Al fin de nuestra permanencia en el puerto Archinard, mi alumno tenía un cuaderno conteniendo su «Diario de viaje,» que continuó hasta Dak; modelos de cartas que apenas retoqué, y que se adaptaban á las principales ocasiones en que pudiera verse precisado á escribir, tales como me lo indicó él mismo.

A petición suya añadí en cuaderno aparte un breve código de moral: «Lo que Dios quiere que hagamos, y lo que Él ha prohibido que hiciésemos.» Le traduje, libremente comentados para su uso, el Decálogo y las principales prescripciones de la moral cristiana, que estudió con mayor ahínco que todo lo demás.

Este excelente hombre, en efecto, no es solamente un perfecto patrón de buque y modelo de pilotos; sino que además es para sus camaradas un jefe digno, inflexible en materia de disciplina, pero suave, bueno y condescendiente sin debilidad, lleno de solicitud para sus subordinados, animando á este, excitando á aquel, conservando el buen espíritu y la alegría, ó cuando alguno comete una falta procurando hacer que la repare, esforzándose sobre todo por conciliarse el aprecio de los oficiales. A pesar de que comprende la confianza que tenemos en él, y la admiración que nos inspira, nunca mendiga palabras de alabanza, ni provoca una exención ó un favor cualquiera. Al terminar el servicio jútase con sus compañeros para ejercer con ellos su influencia, pero con sencillez y modestia, y sin ostentación. Digui ha sido para nosotros y de todas suertes un verdadero tesoro, y el comandante que lo ha formado puede estar satisfecho.

En medio de esos mil detalles pasaba rápidamente el día, acompañado casi siempre de una tempestad que amenazaba, estallaba ó se desvanecía sin darnos, después de una temperatura pesada y bochornosa, el beneficio de la lluvia.

Las horas de la noche en medio de los relámpagos deslumbradores y horrendo estampido del trueno, bajo el tornado que nos calaba hasta los huesos, es también otro de los recuerdos del fuerte Archinard.

Nunca llegaban las instrucciones que debíamos recibir en Say; y nos era imposible enviar un correo en cualquiera dirección que fuese. No nos quedaba más que un recurso: aguardar la subida de las aguas para continuar bajando el río hasta Bussa, donde veríamos lo que convenía hacer.

¡Cuántos proyectos sobre Bussa, y cuántas conjeturas sobre sus rápidas! ¿Eran peores que las de Lap-sanga, ó menos peligrosas, ó tan difíciles, pero de otro género de dificultad? Discutíamos sobre estos datos de nuestra imaginación tan seriamente como sobre realidades. Así transcurría el tiempo sin menoscabo de la buena armonía.

Al terminar nuestras conferencias íbamos á ver el río.

—Está al mismo nivel que ayer.

—¿Cómo? ¡si parece que ha subido un poco!

—¿Subido? Bromea V.: estoy seguro que ha bajado por lo menos dos centímetros.

El hecho es que el Níger continuó decreciendo durante cerca dos meses; luego quedó estacionario, y por último, después de oscilaciones debidas á lluvias locales, empezó á subir visiblemente.

A mediados de Julio el banco de arena inmediato á nuestra isla en la ribera derecha, y que había quedado enteramente en seco, fué completamente cubierto, con gran gozo nuestro, pues esto era á la vez una protección y el anuncio de la partida. Dos meses más tarde el invierno tocaba á su fin, renovamos nuestras provisiones de arroz, y tocando el río casi sus límites, tuvimos el gusto de reembarcar progresivamente todo nuestro material.

Por último el 15 de Septiembre, octava de la Natividad de María, nos despedimos del fuerte Archinard, prendimos fuego á nuestras chozas plagadas de mosquitos, de termitas, de sapos, de lagartos, de ratones y de reptiles de todas clases, y nos dirigimos hacia Bussa.

LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS

POR EL ILMO. REYNAUD, LAZARISTA, VICARIO APOSTÓLICO
DEL TCHÉ-KIANG

II

Combate

CINCO largos años esforcéme en alentar á los neófitos de Fo-sin-shan, que no cesaron de rogar al glorioso Patriarca San José siempre con creciente fervor y viva confianza. Sentía humedecerse los ojos cada vez que al caer la tarde reunidos en la capilla de la Virgen del Rosario, terminado el rezo en común de la hermosa devoción del mismo nombre, oíales repetir con suplicante voz la plegaria al gran Patriarca. Sus sentidas voces conmovían mi corazón, y era su fe profunda, inquebrantable, la que en la lucha sostenida comunicábame nuevas fuerzas y creciente vigor.

Durante este tiempo me informé y realicé varios actos encaminados todos á demostrar á los bonzos que nosotros no habíamos renunciado al definitivo combate. Atento siempre, esperaba el instante propicio, la ocasión favorable. Los negros nublados que oscurecían el cielo dejaban entrever hermosas franjas de purísimo azul, símbolo de nuestra esperanza, y la oración comunicaba á nuestras almas fe y confianzas mayores cada vez.

Un día, un rayo de gozo purísimo brilló en nuestros ojos. Examinando con cuidado y detención el ultimo edicto de los mandarines en favor de los bonzos, vimos que descansaba sobre falsa base: ciegos de envidia y cólera nuestros enemigos, mintieron descaradamente, y de su imprudente felonía no podíamos dudar. En efecto, en la súplica en que pedían autorización para construir el dique osaron afirmar al *ting* que ellos nos habían visitado, que hablaron con el misionero y que nosotros consentimos realizaran su proyecto, obligándoles á dejar al rededor de nuestra capilla cuatro fanegas francesas de tierra. Esta vil calumnia consignábase en un edicto sellado con el sello de los mandarines, y había transcurrido demasiado tiempo para que pudiesen negarla ó hacerla desaparecer.

Con tan poderosa arma empresa fácil era luchar con los bonzos y vencerlos, pues nada podían contestar cuando les preguntáramos que, cuál de ellos fué el que vino á visitarnos, con qué misionero habló y cuándo se verificó esta entrevista, efecto de la cual fué un documento firmado por nosotros. Además, si de la cuestión de hecho pasamos á la de derecho, con facilidad igual podríamos aducir las siguientes conclusiones asaz desagradables para nuestros adversarios: «Vosotros habéis sorprendido y engañado la buena fe de las Autoridades: el edicto que obtuvisteis valiéndoos de una impostura carece de valor legal. Vuestro falso escrito en



ANGELES, PASTORES Y REYES JUNTO A LA CUNA DEL NIÑO DIOS

(Cuadro de Fellove-Prynne)

vez de anularlos prueba la legitimidad de los títulos que queremos hacer valer: vosotros mismos reconocéis que nuestros derechos son legítimos al suponer que por mutuo convenio los renunciásemos: si las playas os pertenecían podíais construir el dique sin nuestro consentimiento, pues para nada lo necesitabais.»

Estos argumentos, repetidos de mil maneras en visitas y cartas, de palabra y por escrito, por espacio de un mes, acabaron por convencer ó poco menos al *ting* de Tchousan.

Al principio nos contestó con brevedad, negando la existencia del calumnioso escrito cuya copia le acompañamos. Preciso fué entrar en una pagoda y descolgar el edicto que clavado sobre una tablilla colgaba del *tao-toi*. Cuando lo vió adornado de los grandes sellos de forma cuadrada y de color rojo, sostuvo que aquello no era obra de los bonzos.

—Leed, le contestamos, leed sus nombres que encabezan el documento, y ved sus firmas al fin.

Pretendió defenderse valiéndose de la extraña tesis de que la parte calumniosa no perjudicaba el valor del edicto, y que por lo tanto continuaba válido el permiso obtenido por los bonzos. Después de demostrarle lo ilógico de su teoría, lejos de declararse vencido añadió:

—Nada importa cuanto decís, pues la verdad es que los bonzos pidieron permiso, y que vosotros no lo habéis pedido nunca.

—¡Cómo! ¿Y la carta cuya copia os presentamos? El *houang* que la recibió vive aún: podéis preguntarle si es cierto cuanto afirmamos.

En efecto, interrogóle, pero con el único fin de ganar tiempo ó bien con la esperanza de que las declaraciones de un mandarín nunca suelen ser favorables á los misioneros. Esta vez los cálculos salieron fallidos, pues el *houang* su predecesor distinguíanos con su amistad y contentóse con decir la verdad y afirmar la existencia de mi carta.

Por última vez creyó nuestro competidor haber hallado un argumento irrefutable.

—Sí, no cabe duda, nos dijo, vosotros pedisteis permiso; pero primero lo pidieron los bonzos.

La contestación era sencilla.

—Os agradeceremos comparéis cartas y fechas, le dijimos; veréis que la nuestra fué escrita tres años antes que la de los bonzos.

Todos los documentos cuya existencia porfiaba en negar conservábanse en los archivos de su tribunal. La resistencia de *tao-toi* era tan fuerte en la forma como débil en la argumentación. Su deseo era salvar á los bonzos.

La situación de éstos quedaba muy desairada al presentarse defendiendo tan mala causa, agravada más y más con las calumnias de que habían usado. ¡Cuán profundo agradecimiento nos hubieran manifestado si hubiésemos depuesto las armas! Convencido de nuestros derechos, el magistrado carecía de valor suficiente para sacrificar á los bonzos de Pou-tou, pues temía su influencia y su poder. ¡No siempre queda impune el justo castigo dado á estos impostores, y numerosos mandarines han aprendido de manera bien penosa que varias veces es temerario aplicarles la ley cual si fueran simples mortales! Los bonzos mantienen amistosas rela-

ciones con varios de los altos empleados de la Administración, residentes en Pekín, y su influencia puede dañar ó aprovechar á los funcionarios que les acusan ó defienden.

Houa-wen, gran jefe de los bonzos, había regresado recientemente de la capital del Estado, y durante su permanencia en ella la reina lo colmó de regalos y de honores. En Chang-hai y Ning-po recibieronle triunfalmente. Este jefe desciende de una antigua familia imperial, y desempeñó como funcionario del Estado un alto cargo hasta que se hizo bonzo para escapar de un grave castigo merecido por sus crímenes. Rico, intrigante, audaz y hábil, ha sabido hacerse amar de los habitantes de Pou-tou, y es nuestro adversario más temible. Tiene libre acceso al tribunal del prefecto de Ning-po, ha adoptado al hijo de este mandarín, y manda á su antojo, la mujer y la madre del mismo. El *tao-toi* no le aprecia, pero trátalo siempre con deferencia, y esta es la razón de los esfuerzos hechos para lograr sustraerle á la acción del código penal, que lo reclama por los grandes crímenes de que es culpable. Era muy mala la causa de éste gran mandarín, y él mismo comprometíala cada día más y más con nuevos crímenes.

La connivencia de los mandarines, asegurando la impunidad á los bonzos, era causa de que fuera cada vez mayor la audacia de éstos. Multiplicaban los actos de violencia é injusticia en presencia de los cristianos, y amenazábanles con arrojarlos de la isla, después de destruir sus casas. Mostrando gran prudencia el *ting* de Tchou-san, enviémos de nuevo al *tao-toi* de Ning-po, para desentenderse de esta cuestión, que podía ocasionarle graves disgustos. Repetidas veces advertí al prefecto las medidas inicuas tomadas contra los cristianos, y los males más graves aún que amenazábanles para no lejano porvenir. Hícele responsable de cuanto pudiera suceder si persistía en su actitud, y no castigaba con un acto de justicia la maldad de los culpables. La situación era excesivamente difícil para que pudiera prolongarse largo tiempo, y acercábase rápidamente una violenta solución.

En Pou-tou los bonzos militares preparaban las armas y se ejercitaban en la lucha. Los restantes, devotos belicosos en su manera, en todas las pagodas hacían diversos actos para impetrar de los ídolos nuestra total destrucción. Todos los bonzos del archipiélago elevaban á los dioses la misma súplica. Llamados por el desusado movimiento que reinaba en la *isla sagrada*, los cristianos vivían en continua zozobra.

El día 20 de Sptiembre M. Procacci escribíame desde Tchecusan:

«Ayer los bonzos de Pou-tou, en número de dos ó trescientos, armados de lanzas, fusiles, etc., invadieron la isla de Fo-sin-shan seguidos de compacta multitud de empleados, con el fin de coger á los cristianos y conducirlos á las pagodas. Avisados oportunamente de su llegada, pudieron los fieles huir á las montañas, donde pasaron la noche. Maldijeron y amenazaron á las mujeres, y luego dirigiéronse á nuestra capilla echando por los suelos y pisoteándolos la santa cruz, los candelabros del altar, etc., y aprisionando al catequista Mateo, que negóse á descubrir el refugio de los cristianos...»

El siguiente día otra carta:

«Los bonzos, á media noche han incendiado nuestra capilla de Fo-sin-shan. El catequista pudo huir, pero sin tiempo para coger nada. Todos los cristianos, hombres y mujeres, aprovechando la oscuridad trasladáronse á Ting-hai en barcas que les prestaron los paganos. Permanecerán en este establecimiento hasta nueva orden. Apenas tienen los vestidos necesarios para cubrirse, pues huyeron con tal precipitación que ni aun tiempo tuvieron para cerrar sus casas...»

Felix culpa! exclamé juntando mis lágrimas á las del valiente neófito de To-sin-shan, portador de tales nuevas. Díjome que por todas partes los bonzos se reunían en bandas numerosas para acabar con los cristianos y arruinar cuantos establecimientos contábamos en todo el archipiélago.

Avisado el *Tao-toi*, despachó un emisario que llegó á Fo-sin-shan acompañado del mandarín de Ting-hai, obligado á intervenir en los sucesos en circunstancias poco favorables. Como la travesía que debieron hacer es algo larga, los bonzos dispusieron de tiempo suficiente para prepararles triunfal recibimiento y para organizar un verdadero complot de embustes. Las *piastras* cayeron cual abundante lluvia en manos de los tribunallistas, que husmeando buena cosecha habían acudido en crecido número. Como de costumbre, los dos *grandes hombres* es posible tuvieron la parte del león de la fábula: pero sea como quiera, como sólo interrogaran á testigos vendidos, finalizaron su investigación con un comunicado al *tao-toi* desmintiendo nuestras acusaciones. Según ellos la capilla que poseíamos «era una miserable choza donde los cristianos depositaban madera; no pertenecía á la Misión; los bonzos no empuñaron las armas, ni invadieron la isla, ni persiguieron á los cristianos, ni violaron las tumbas, ni incendiaron la capilla, ni cometieron crimen de ningún género.» Quizás los cristianos eran los verdaderos culpables de cuanto se imputaba tan injustamente á los pobres bonzos.

¡Valientes mandarines! siendo tanto lo dicho, ¿cómo no terminaban dignamente esta indigna sarta de embustes añadiendo que los ausentes cristianos habían pasado el estrecho de Pou-tou, perseguido á los bonzos y quemado las pagodas?

Una vez más la espada de Breno inclinó el plato de la balanza. Estos odiosos embustes llenaban dieciocho hojas de papel, y el *tao-toi* comunicómelos sin casi atreverse á ello. Contesté extensamente y con argumentos que quitaron á mis enemigos el deseo de hablar jamás de este enojoso asunto. Débiles debían sentirse, pues recurrían á los precitados indignos manejos, que ni remotamente podían hacerles abrigar la esperanza de éxito feliz.

Algunos días habían transcurrido de los en que tuvieron lugar los relatados sucesos, cuando me anunciaron la visita de dos ilustres mandarines. Molestáronse haciendo un viaje de veintiséis leguas en piragua para personalmente venir á relatarme, acompañándolo de ridículas novelas, que ellos habían ayudado al *tao-toi*:

recibibles con atención; pero no estaba mi humor para escuchar con calma sus indigestos embustes, y pronto la discusión fué animándose. Creo hablé con energía al pobre *ting*, que procuraba conquistarnos hacia largo tiempo. Al ver la desairada situación de éste conmovióse su acompañante, y en alta voz y uniendo á sus palabras significativo ademán, exclamó:

—¡Este Obispo habla con excesiva libertad al noble *ting*; preciso será cortarle la cabeza!

Enojados los cristianos atáronle, y él no pudo negar sus propósitos, comprendidos por todos los presentes. Según las ideas chinas, el hecho constituía una grave injuria, mayor aún por las circunstancias que la acompañaban, y la responsabilidad del mismo recaía sobre el mandarín superior.

—¿Cómo, dije á este último, fingís venir á visitarme con pacíficas intenciones, y luego amenazáis matarme en vuestra presencia?

La anterior salida de tono hizo difícil su situación. Presentaron sus excusas, reiterólas el *tao-toi* y, por pura fórmula, infligieron un castigo al culpable. Los nobles visitantes perdieron la serenidad; toda discusión era imposible, y cuando se levantaron para marcharse nada habíamos resuelto. Desde este día apelé á otro tribunal.

Houa-wen, el jefe de los bonzos de Pou-tou, en familiares reuniones con los mandarines comprendió que á pesar de sus larguezas, éstos veríanse forzados á abandonarle á la acción de la justicia, y resolvió trasladarse á Ning-po y rondar por los alrededores de nuestra residencia. Era lobo cubierto con piel de oveja. Impotente para continuar dañándonos, intentaba rendirnos con halagos. ¡Cuántas influencias puso en juego! regalos, promesas, distinguidos mediadores, la intervención del cónsul inglés de Ning-Po, quien escribióme una carta: ningún medio olvidó de cuantos estaban á su alcance. Houa-wen es viejo zorro á quien conozco hace más de seis años, y tan larga experiencia enseñóme á no caer en las redes que me tendía. Sus desesperados esfuerzos eran buena señal. Parecíase no poco á las últimas convulsiones de agonizante enfermo. Muy comprometida debió juzgar su situación cuando valíase de medios tan humillantes, él que nos amenazaba públicamente de conducirnos á Pekín y mandar á los ídolos destruyeran los buques franceses que osaran aproximarse á las costas de Pou-tou. Ocasión oportuna presentábase para mostrar la poderosa cólera de sus *Pcus-sa* contra el *Inconstan*, recién llegado al puerto de Ting-hai.

CONFESIONES PROTESTANTES

HA días demostramos con el testimonio nada sospechoso de un protestante, del mérito del erudito lord Carnarvón, la utilidad de los frailes españoles y lo perjudicial que fué para España su inicuo despojo y expulsión, tanto bajo el punto de vista moral y religioso cuanto del material, que es el único que mueve é interesa á ciertas gentes.

Hoy vamos á exponer ante la vista de nuestros lec-

tores el juicio que esos mismos frailes españoles, establecidos en el extranjero, han merecido á otros protestantes.

Pocos serán los españoles que se ocupen algo en asuntos religiosos, que no tengan noticia del monasterio de Nueva Nursia, fundado en Australia hará unos cuarenta años por dos Religiosos benedictinos de la Comunidad de Montserrat, los Padres Serra, obispo de Daulia, y Salgado, en el que consiguieron reunir crecido número de salvajes australianos, considerados por los ingleses como *incapaces de civilización*, logrando convertirlos en unos buenos cristianos, al mismo tiempo que en laboriosos y probos ciudadanos.

El primer testimonio que vamos á invocar, va á ser el de aquella distinguida dama protestante inglesa Florencia Ningthingale, de la que tanto se ocupó la prensa europea durante la guerra de Crimea, por su resolución en querer competir con las Hermanas de la Caridad en la asistencia á los heridos del ejército aliado; tarea á la que hubo de desistir, porque como ella misma lo confesó ingenuamente, reconocía en las hijas de San Vicente «un no sé qué», que á ella siempre le faltaba.

Pues bien, esta señora, que por su celo y caridad merecía haber nacido católica, escribió al periódico *El Guardián*, de Londres, describiendo su viaje á Australia, y en esta relación se lee lo siguiente:

La necesidad de hacer que penetre gradualmente los hábitos de la civilización en las tribus salvajes de este nuevo mundo, no ha conocido ni se ha atendido á ella, aquí ni en ninguna parte, salvo en el monasterio benedictino español de Nueva Nursia, que da resultados asombrosos.

El mismo periódico *Guardián*, publicó una carta de un pastor protestante, que dice estas palabras textuales: «Lo que he visto en la Misión católica y española de Perth, me ha recordado los primeros tiempos de la Iglesia.»

El obispo anglicano en Perth, sintiendo que los asombrosos resultados de la Misión católica constituían una acusación terrible contra la indiferencia de sus correligionarios respecto de los australianos, inauguró unas conferencias públicas, para ver de excitar á sus compatriotas á establecer una Misión protestante; pero he aquí lo que la *Pert's Gazette* le contestó:

«Es nuestra convicción profunda, que las Misiones protestantes fracasarán todas en la Australia Occidental, como en todas partes, porque su objeto principal *no es convertir de veras á los salvajes, sino el de darles un barniz de ilustración*. Los misioneros de Nueva Nursia siguen otro ideal. No descuidan, ciertamente, el desarrollo de la inteligencia, pero atienden principalmente á elevar el alma y educar el corazón según los preceptos de Cristo.

«Lo primero que hay que hacer con los salvajes es inculcarles las máximas del Evangelio, haciéndolos probos, laboriosos y cristianos de veras, y esto nadie lo ha obtenido entre nosotros sino la colonia católica de *Victoria Plains*. En esta Misión de frailes españoles, los indígenas son cristianos de veras, se han vuelto trabajadores, y conocen las ventajas del trabajo.

«Los resultados obtenidos por los Benedictinos de Nueva Nursia nos indican cuál es el único camino para

obtenerlos. La dificultad está (¡oh preciosa é ingenua confesión!) en que nosotros logremos hacer algo parecido á lo de Nueva Nursia, con nuestros hábitos de *comfort*; pero, sobre todo, que encontremos hombres como esos Benedictinos, tan llenos de abnegación, tan olvidados de sí mismos, tan pacientes y perseverantes, y enteramente consagrados á una obra de civilización.

«Y el caso es, que esos frailes lo consiguen todo. Nosotros hemos asistido al matrimonio de dos indígenas en Nueva Nursia, y nos hemos sentado al banquete de los desposados con otros cincuenta indígenas, cuya actitud es irreproachable, y hemos visitado la casita (*cottage*) del matrimonio, y hemos tenido que decir á los Religiosos que cuidaban de la hospedería, que muchos ingleses de Perth y Sydney envidiarían el *cottage*, en que nada faltaba de lo que es necesario á la vida, y la hace agradable.»

Causa profundo dolor considerar que cuando los mismos protestantes reconocen la superioridad de la Iglesia católica sobre la secta protestante en todos los terrenos, puedan existir quienes, llamándose católicos, pidan como panacea para remediar nuestros males presentes, el establecimiento en España de la Reforma protestante, hoy completamente desacreditada aún en aquellas naciones que tuvieron la desgracia de acogerla en su seno, apostatando de la única Religión verdadera.

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE COLONI.

Más allá de esa modesta vivienda, está la concesión y la sementera que ha de producir el bienestar y el porvenir de esas familias honradas. El padre con sus hijos está en el trabajo, sus hijas le secundan, y la señora, reina del hogar cristiano, llena de escrúpulos y cuidados, prepara el alimento para los que sacrifican sus días por el bienestar de todos ellos.

Esto es lo que se ve en toda la extensión de la colonia Avellaneda. Esto es lo que se ve en todos sus habitantes, en las casas, en el campo y en las iglesias; á saber: moral en el hogar doméstico, moral en el trabajo, moral en el templo, en el cumplimiento de las obligaciones de cristianos.

Por eso esa colonia es feliz, es próspera, sin embargo haya tenido que sufrir hasta hace pocos años de los indios, de los rateros de todas clases y condiciones, y hasta de elementos de la propia sangre, que debían propender por razones de igual nacionalidad en defenderla.

Esa colonia es la mejor de todas las del Norte, y su porvenir es grandioso.

XXIII

Las Garzas

Este territorio abarca una extensión de catorce leguas de ancho; se sigue al de la colonia Avellaneda hasta el río Amores. El terreno es de una planicie alta



SADÁN FRANCÉS.—Pulo y Usmán. (Pág. 502)



A. El tao-toi.—B. Su esposa.—C. Su hijo.—D. Su hija.—E. Su nuera.—F. Su nieto

Tche-Kiang (China).—Familia del tao-toi de Ning-Po. (Pág. 563)

y baja, pero fertilísimo, intercalado de grandes montes vírgenes y campo abierto, como el de Avellaneda. En esta extensión hay grandes y pequeños propietarios que se dedican á la sementera del maní y lino; el primero es de resultado seguro, como he dicho antes, pero no tiene la suficiente salida para valorizarse. Como el campo se presta para todo, sus habitantes no descuidan la ganadería, que en esta República da buenos resultados, y así de cualquier modo progresan en su bienestar.

Los pobladores de estas lejanas zonas son por lo general extranjeros: españoles, suizos, alemanes, franceses é italianos, quienes poblaron estos territorios con grandes ventajas por ser peligrosos por los indios; siendo el paso de ellos al salir del desierto para venir á cazar á las islas del Paraná; de los no indios también, porque siendo esa zona fronteriza con la provincia de Corrientes, los malhechores quedan libres y salvos, pasando el río á la provincia de Santa Fe; vendiéndoles el Gobierno de la nación cien hectáreas en doscientos nacionales con derecho á cien más, gratis.

Al cruzar estos territorios lejos de los centros de población, viendo de legua en legua algún rancho de colonos triste y solitario al lado de un bosque, especialmente al entrar la noche, siente uno algo de aflicción por la suerte de ellos, y se estremece al considerar que para adquirir un pedazo de pan con mil peligros de la vida, y muchas veces sin esperanza de socorro, se hayan atrevido á tanto.

Al considerar todo esto me acordaba lleno de pesadumbre de aquella sentencia del poeta Virgilio: *Auri sacra fames*. Y á la verdad, solamente la grande hambre y sed de oro, podía haber impulsado á esos extranjeros á internarse tanto con peligro de la vida, para atesorar bienes de este mundo, abandonando las colonias del centro, donde la vida es tranquila y la ganancia segura.

Es verdad que al presente no son tan continuos los peligros, porque se ha adelantado mucho desde el ochenta á esta parte, pero las cruces que se ven en el camino, dicen al pasajero lo que fué esa región en tiempo de que hablo; hoy todavía nadie se atreve á cruzarla de noche, á no ser que tenga en muy poco la vida, aunque vaya bien *finchado* como un portugués.

Yo mismo, en mis excursiones, he encontrado en el camino caras que, á no haber sido sacerdote, me hubiera visto de seguro en serios apuros.

El camino carretero es bueno en tiempo de seca, y malo en tiempo de lluvias, por los muchos arroyos que cruzan ese territorio desaguando en el río Paraná, y por los puentes que hay; pues á excepción de uno son verdaderos rompecabezas, ó expuestos á recibir algún desagradable baño, especialmente si es de invierno.

Los montes de esta rica zona, todavía están en su estado virgen, por lo general, pues explotarlos ha sido imposible por falta de medios de transportes y por la dificultad del camino por las razones expuestas. Si algún día llega á realizarse la vía férrea en construcción, suspendida hoy por la quiebra de la empresa, ese Norte de la provincia será un edén envidiable.

XXIV

Colonia Ocampo

Al salir del territorio de Las Garzas se entra en la colonia de Ocampo. Sus grandes concesiones alambradas, sus casas de colonos bien arregladas, sus chimeneas que de lejos se divisan, indican al viajero que se halla en posición de olvidar las pasadas malas impresiones y recrear, no su vista, porque el viaje transcurrido en lo natural (por su terreno y vegetación maravillosa es encantador), si no su espíritu, pues se halla en una población, donde el genio del hombre dirige á su voluntad las fuerzas físicas y explota los productos de la naturaleza, escudriñando sus entrañas: hablo del grande ingenio azucarero de Ocampo, *Semané*, de su famoso destiladero y de sus finas y grandes maquinarias, de su ferrocarril para exportar azúcar, bebidas de todas clases y las finas maderas de los bosques á la costa del Paraná: hablo de una población bien delineada, de su gran plaza llena de árboles, de su bonita capilla, de la hermosa casa de la administración, y de una multitud de edificios que llaman la atención: hablo de Villa Ocampo, porque así es su nombre, y porque lo merece.

Desgraciadamente hoy no es ya lo que fué: sus chimeneas no dan señales de vida, sus maquinarias paralizadas, el ferrocarril ha enmudecido, el bullicio de los trabajadores ya no se oye, las casas están vacías y en las concesiones, en lugar de la caña de azúcar y del sorgo, crece la maleza; no puede ser de otro modo: la plantación de la caña de azúcar, que da tan buen resultado, está completamente paralizada, no pudiéndose de ningún modo beneficiar; el transporte á las fábricas cercanas, no daría al precio que se paga, ni el importe de la conducción. Parece increíble, pero es la verdad. El año de nuestras desgracias, de la quiebra de todos los Bancos de la Nación, y de consiguiente del crédito público y privado, alcanzó también á Villa Ocampo, y desde entonces está aniquilada y muerta; sus colonos se han expatriado, y los que quedan todavía, llevan una vida raquítica y mortal, sin esperanza por el momento de mejorar.

XXV

Nuestra Reducción de San Antonio de Obligado

Marchando siempre al Norte, como á dos leguas y media se encuentra el ingenio azucarero de *Tacuarandí*, en toda su actividad, de las mismas dimensiones más ó menos del de Ocampo. Una legua antes de llegar á él, se observa en todas partes que allí no reina la miseria: grandes extensiones de plantío de caña de azúcar y de maíz cubren el suelo, y numerosos trabajadores labran su tranquilidad y bienestar con el trabajo. Este ingenio además de tener particularmente grandes plantaciones, ha establecido al Sud de él una colonia que sin duda dará grande impulso á ese establecimiento.

El ingenio de Tacuarandí, propiedad del Dr. Zorrilla, hoy fallecido, es la vida de nuestra Reducción de San Antonio de Obligado y de todos los agricultores de esa zona.

Es verdad que existe otro establecimiento á poca distancia uno de otro, como son: la destilería de los señores Griet y Bernar, y el ingenio germánico del señor Enrique Kropf; pero el gran impulso pertenece á *Tacuarandí*, como antes pertenecía al ingenio azucarero de Ocampo Samané, en la villa del mismo nombre.

A media legua de distancia al Norte se encuentra nuestra Reducción de San Antonio de Obligado: una calle de 25 metros de ancho, adornada de paraísos por los dos costados, nos lleva á ella; y la esbelta torre de la iglesia, alta 28 metros, construida por el Padre franciscano misionero, como ya se ha dicho, y sus quintas de exuberante verdor, propio del clima que ocupa, nos dice que ha de ser pintoresca.

Efectivamente, así es: colocada la población de San Antonio sobre una loma, domina como reina el Sud del terreno Tacuarandí, las colonias del Oeste, del Norte con el pueblo Las Toscas y al Este, las grandes islas del Paraná, con la ciudad de Bella-Vista, provincia de Corrientes.

La planta urbana del pueblo es de unas 500 almas, entre criollos y extranjeros, y de unos 300 indios, que cuando no tienen trabajo allí, van al Oeste, sobre la línea férrea, que dista unas 20 leguas de San Antonio: allí trabajan en la explotación de los montes y ganan bastante bien la vida. Estos indios tienen sus solares ubicados en el pueblo. Nuestros indios son y han sido siempre el brazo de la agricultura en esas alturas, y sin ellos muy difícilmente habría podido atenderse al trabajo ó beneficiar la caña dulce. De carácter humilde y sumiso, oyen y obedecen la voz del misionero, que más de una vez han podido experimentar el interés que tiene para ellos así en lo temporal como en lo espiritual.

La demarcación civil de esta población, es: al Este las islas del Paraná, al Sud la colonia Ocampo, al Oeste los montes, propiedad de D. Vicente Casares, y al Norte Las Toscas. Las colonias que de ella dependen son: la de Tacuarandí y la del mismo pueblo, formando un total de 1,800 habitantes, lo que unidos á los de la planta urbana del pueblo resulta una población de 2,600 habitantes. Dije demarcación civil, porque Las Toscas, aunque se halle á unas 15 cuadras de distancia, forma un distrito á parte por la celosía de las dos poblaciones; pero en realidad no pueden ser sino una. Sin embargo, nuestra Reducción tiene una Comisión de fomento, iglesia y cementerio, independiente de Las Toscas, de igual modo ésta, menos el templo. Esta colonia tendrá unas 600 almas.

Los habitantes de estas colonias, en general son italianos (furlanos), muy sobrios y contraídos al trabajo de la caña de azúcar, que es la única sementera que algo deja al trabajador. Sin embargo, parece que no están conforme con ella, y empiezan á dedicarse á la plantación de algodón, pues produce perfectamente.

Esos terrenos, como los de la colonia Ocampo, son inmejorables en el producto que á sus climas compete.

La jurisdicción espiritual del Padre misionero de San Antonio, no es tan limitada como la demarcación civil ya indicada. Único sacerdote en aquellas soledades, tiene que acudir al llamado, donde su ministerio es solicitado: las Garzas, la colonia Ocampo, Tacuarandí, Las Toscas y Florencia: 40 leguas por lo menos

de extensión. Esto lo hace un sacerdote anciano de cerca 70 años de edad, volando, mejor que un joven con su caballo, á consolar al moribundo, al afligido, al atribulado, y á apaciguar disensiones y discordias con la palabra santa de su ministerio.

Desgraciadas de esas poblaciones si no hubiera un misionero franciscano que les llevase los consuelos y las enseñanzas de la Religión, que son también de la civilización, porque está visto y comprobado por la ciencia y la historia, que en los pueblos donde la Religión decae, también la civilización marcha á su ocaso (1).

Al concluir estas líneas no puedo menos que rendir homenaje de gratitud á V. E. por la decidida protección á las Misiones franciscanas en la provincia de su mando, debiendo con franqueza confesar que sin el auxilio poderoso de V. E. las citadas Misiones no se hallarían presentemente á tanta altura.

La sinceridad de esta mi afirmación se manifiesta claramente, si por un momento se observa el estado de pobreza en que viven estos misioneros, las poblaciones que regentean, y sin embargo las obras que realizan.

Es verdad que la caridad cristiana, á la que en sus últimos recursos han apelado, nunca les ha cerrado sus puertas, pero también es cierto que los impulsos más poderosos han provenido de V. E. y de los sacrificios de estos pobres misioneros franciscanos.

No debo tampoco silenciar la protección del excelentísimo Gobierno de la nación, y serle sumamente grato, quien sin embargo la crisis por las que ha pasado, nunca ha dejado con mucho ó con poco de subvenir á las necesidades de estas Misiones indígenas, cumpliendo así un precepto constitucional, como á la vez de civilización cristiana.

Por lo que, á nombre de los Padres misioneros que dirijo y del Colegio, que pertenezco, ruego al Todopoderoso quiera dispensarles á ambos Gobiernos los beneficios de la paz, acierto en el Gobierno de la nación y de la provincia respectivamente.

(1) Los terrenos descritos sobre la costa del río San Javier, en nada se asemejan á los que ocupan las colonias del Oeste y Sud de la provincia.

Esos terrenos son altos, y su superficie llana por lo menos de cien leguas de Norte á Sud, y de veinte á treinta, hasta cincuenta leguas de Este á Oeste.

Las colonias cubren esos terrenos de lino y trigo, que constituye una de las principales riquezas de la provincia.

Trescientas colonias, con sus poblaciones, forman como se dice, el granero de la República, con su consiguiente impulso al comercio y á la industria.

La buena calidad del terreno, la actividad y energía del colono italiano, y las vías férreas que cruzan en todas direcciones de uno á otro lado de la provincia, llaman á este Estado Confederado á ser uno de los más importantes en el gran porvenir argentino.

Por otra parte, los Gobiernos protegen á los colonos, y las leyes del país son las protectoras de ellos; los derechos individuales son respetados, y los religiosos garantidos.

El Gobierno de esta provincia dispuso el 96 á los colonos damnificados por la langosta, semillas de trigo por valor de 300,000 nacionales, y este año el excelentísimo Gobierno de la nación, á esta sola provincia decretó 15,000,000 nacionales de trigo para el mismo objeto.

Pero esto no es solo: para perseguir al insecto devorador, el Gobierno de la Nación ha sancionado un proyecto de 4,000,000 en cédulas para hacer frente á los gastos que este trabajo demande.

Con Gobiernos de esta clase bien puede venir el extranjero á cobijarse bajo el pabellón argentino, con la certidumbre que por las leyes que gobiernan y por la fertilidad del suelo en pocos años mejorará en un todo su posición con un porvenir más halagüeño y garantido.



EL SUEÑO DEL NIÑO-DIOS

Era una tarde apacible
Llena de luz y de calma,
De aquellas tardes hermosas
Que el corazón embriagan.
Sobre una fresca pradera
Poblada de olmos y parras,
Por un arroyo partida
Que la riega con sus aguas,
Está la Virgen María,
Madre de Aquel que nos ama,
Más que la luna de hermosa,
Más que los Angeles santa.
Tiene á Jesús en los brazos,
Al Hijo de sus entrañas;
Jesús estaba dormido;
Su Madre el sueño le guarda.
Entre sus brazos le mece,
Y en su amor santo se abrasa,
Y por endulzar su sueño
Con voz dulcísima canta:

«Duerme en paz, niño querido;
Duerme, azucena temprana;
Duerme, gloria de mi vida;
Duerme, Niño de mi alma.

«Airecillos revoltosos
Que jugáis entre las ramas,
Que rizáis del arroyuelo
Las puras ondas de plata;
No humedezca vuestro soplo
Su divina frente blanca,
No hagáis flotar esparcida
Su cabellera dorada.
Haced por Dios un momento
A vuestros rumores pausa:
Callad, no turbéis el sueño
Del Hijo de mis entrañas.

«Amorosas tortolillas,
No voléis de rama en rama;
Dad treguas á vuestro arrullo,
Que duerme el Hijo del alma.
Que no llegue á sus oídos
El rumor de vuestras alas;
El os crió y si quisiera
Os tornaría á la nada.

«Cesad, lindos pajaritos,
En vuestras tiernas baladas,
Que duerme el Ser Soberano
Que á vuestro canto dió gracia.
¡Todo en silencio! yo os ruego,
Por la clara luz del alba,
Por las fuentes cristalinas,
Por las flores y las palmas...
Por cuanto améis en el mundo,
Os pide á voces mi alma,
Que no perturbéis el sueño
Del Hijo de mis entrañas.»

Calló la Virgen y luego,
En santo amor abrasada,
Sobre la frente del Niño
Posó los labios sin mancha.—M.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Una señora devota..	50 pesetas.
B. H. G. C., Pbro.	25 »
B. Valdés Hevia, Gijón.	18 »

Para los Santos Lugares

Una señora devota..	50 »
-----------------------------	------

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona

ÍNDICE

DE LAS

PRINCIPALES MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO VI

(AÑO 1898)

España.—Protesta de las Ordenes religiosas, pág. 270.—Exposición que los Padres misioneros de Filipinas han dirigido al excelentísimo señor Ministro de Ultramar, 296, 319, 342, 365, 391, 420 y 442.—Un recuerdo á los misioneros agustinos que han sucumbido en Filipinas víctimas del separatismo y de la Masonería, 387.—A la tetilla izquierda, 390.—Un misionero de Filipinas benemérito de la Religión y de la patria, 416 y 438.—Las Ordenes Monásticas en Filipinas, 459.—Un recuerdo á los misioneros agustinos que han fallecido en Filipinas víctimas del separatismo y de la Masonería. Las víctimas de la insurrección de Cebú, 488 y 508.—El reverendo P. Angel Abasolo, misionero de Filipinas y primer provicario apostólico de las restauradas Misiones agustinas de China, 510.

Roma.—El Coliseo. El Capitolio, 45.

Escandinavia.—Progreso de la Religión católica. Movimiento de adhesión al Catolicismo. La condición del clero, 97.

Turquia.—Progresos espirituales en las Misiones del Tauro, 169.—Misiones carmelitanas en Mesopotamia, 194.—La «Athalie» de Racine en Bagdad, 317.

Tierra Santa.—La Gruta de la Anunciación y del *Fiat*—Santuario argentino-uruguayo en Tierra Santa 141.—Miércoles, Jueves y Viernes Santo en Jerusalén, 162.—El Portal de Belén. De Navidad á Reyes, 193.

Los Santuarios de Tierra Santa: Estado actual y acción de la Santa Custodia. Santuarios á cargo de los Franciscanos, 86 y 107.—Administración de Sacramentos. Ministerio parroquial. Hospedería, 131.—La Santa Custodia Observante y las otras Congregaciones religiosas de la Palestina, 160.—Escuelas. Ofinas, 182.—Empleados seculares en la Sta. Custodia. Gobierno interior de la Sta. Custodia. Conclusión, 260.

Siria.—*Algunos recuerdos cristianos de Berito:* Historia, 158.—Los Santos. Las iglesias antiguas, 179.

China.—Servidumbre de las mujeres. Costumbres y vicios de los chinos, 2.—Suceso raro. Nuevos catecúmenos, 27.—La muerte de los dos misioneros de Steyl, 40.—Movimiento admirable de conversiones, 73.—Conversiones de infieles en Dun-can-fu, 171.—Muerte del P. Bertholet. Persecución contra los cristianos en Kouang-Si, 313.—Quema de una casa-iglesia. Convenio. Movimiento favorable hacia el Catolicismo. Visita del ilustrísimo señor Obispo. Orfanotrofio en Latchou, 316.—Necesidades de la Misión del P. Bray. Progresos de la fe. El Seminario de Ou-Tcheng, 362.—Situación general de la China. Pérdidas enormes causadas por dos tifones, 363.—Reconstrucción de la iglesia de Tientsin.—Monumento en honor de las víctimas de la matanza de 1870, 435.—La Obra de los niños mutilados ó incurables de Ning-Po, 457.—La persecución, 481.—Ataque y saqueo de la residencia de Pe-Koan. Feliz desenlace, 482.—Muerte del P. Chanés y trece cristianos, 554.—La persecución en Sutchuen, 556.

Los ñis ó ñi-pas, tribu lolota del Yun-Nan: Consagración del Gepoma á San Miguel. En Kuang-Si. Minas de hulla, 11.—Historia de un señor lolo. Una tribu patricia. Regreso á Lu-mei-y, 59.—Retrato de los ñis, 83.—De la familia, 102 y 126.—Breves palabras sobre los ashis, 154.—Medios de conversión, 175.—La persecución, 203.

La isla del diablo y la isla de Dios: Deseos, 521.—Combate, 53.

Birmania.—*Un capítulo de la etnografía de los birmanes karinos:* La enfermedad. Los médicos karinos, 206.—La muerte entre los karinos. Los funerales, 226.—Idea de la otra vida entre los karinos, 251.

Corea.—Los santos Mártires Pablo Zuzuqui y Cosme Taquia, 64.

Japón.—Bendición de la iglesia de Nuestra Señora de los Mártires, 50.—Primera peregrinación cristiana en el Japón, 121.

Tonkin.—*Recuerdos del Catolicismo:* Introducción. Primeros años de la evangelización. Los PP. Baldinotti, de Rhodes y Marqués, S. J., 322.—El primer Mártir del Tonkin. Persecuciones, 344.—Real protección. Nuevas hostilidades, 368.—La Sociedad de las Misiones Extranjeras en el Tonkin. R. P. Deydier. Ilmo. de la Motte-Lambert. Los sacerdotes indígenas, 394.—Los amantes de la Cruz, 449.—Los Dominicos en el Tonkin. Relaciones de la Francia con el Tonkin, 469.—Progresos de la fe. Nuevas persecuciones, 491.—Persecución durante la primera mitad del siglo XVIII. Relación que del martirio de cuatro Religiosos de la Compañía de Jesús hizo un poeta cristiano del Tonkin, 512.

Indostán.—Los catecúmenos en Pondichery. El domingo del misionero, 198.—Mysore. La Obra de los parias de Bangalore, 458.—La leprosería de Pondichery, 471.—Hambre y conversiones, 484.

Egipto.—Los psyllés ó encantadores de serpientes, 17.—El primer concilio copto, 413.

Abisinia.—Los Padres Lazaristas en el imperio de Menelik, 267.

Marruecos.—Los Franciscanos en Marruecos, 39.—Viaje por Marruecos, 139.

Zanzibar.—El apostolado de una mujer cristiana, 98.

Madagascar Central.—El «Corpus Christi» en Tananarive, 386.

Africa Occidental.—*Gabón:* Historia de Ouimbiano. Una catequista, 145.—*Dahomey:* El hospital de Agué, 218.—La guerra en Sierra Leona, 340.

En los ríos de Monda: Breves preliminares. En piragua, 327.—En el río, 348.—Excursiones y bautismos, 374.—Más lejos. 400.—¡Moisés salvado de las aguas! 422.—A paso acelerado. Cascadas y bosques, 446.—Permanencia en el pueblo. Descanso. Influencia de nuestros aprendices, 464.—La Misa en la aldea. Incidentes y reflexiones, 494.—Nuevas contiendas, 514.—En el río Pombé. En el Ikoi, 559.

Africa Ecuatorial.—Victoria Nyanza septentrional: Detalles de la muerte del Ilmo. Sr. Guillermain, vicario apostólico, 438.

De Tombuctú á las bocas del Níger, con la expedición Hourst: En la región de Tombuctú. De Kabara á Rhergo, 424 y 447.—De Rhergo á Ansongo. Entre los tuaregs, 466 y 497.—De Ansongo á Say. En las rápidas, 518.—Permanencia en el fuerte Archinard, 562.

Africa Austral.—*Las reminiscencias de un misionero de Basutolanda:* Hostilidades entre ingleses y basutos. Preparativos de guerra. Desenlace pacífico. El tratado de paz y sus consecuencias. Saludos cristianos y saludos paganos. Misión de Santa Mónica. El Mes de María, 14.—Vestidos y adornos. Usos y costumbres. Descripción de una aldea basuta, 31.—Depravación del gusto entre los basutos. Herrero indígena. Industrias. Brujos y brujas. Balvis, ó encantadores. Linohis ó adivinos, 62.—El fundador de las Misio-

- nes entre los basutos, 104.—Geografía. Los bakuenas. Los basutos en las minas de oro y de diamantes. Las Religiosas, 129.—Nuestros cristianos. La cerveza cafre: el leting y el guala. Los fumadores de caña. Penitencias públicas, 155.—Las catequesis. Los protestantes. Los catecúmenos. Los bautismos. Funerales paganos. Danzas nocturnas. Fiestas de los paganos y de los cristianos. El matrimonio, 177.—La poligamia. Poder absoluto de los jefes. Tradiciones de generosidad y hospitalidad, 208.—La ley. Los juicios en el khotla, 227.—Jefe y brujo. La lluvia y el buen tiempo. La circuncisión en Basutolanda. El médico cafre, 254.—Horror de los basutos paganos a la muerte. Fin consolador de los cristianos. El Paganismo en Basutolanda.—Ideas, prácticas y tradiciones religiosas. Curioso apólogo, 272.—Profetas y profetisas. Secreto para obtener conversiones.—Conclusión, 299.
- Golfo de Guinea.**—Excursión por el interior de la isla, 4.—Familias cristianas. Más neófitos. Nueva Reducción, 27.—Bendición e inauguración de un colegio. Un favor del Corazón de María, 74.—Nueva fundación, 99.—Salvajismo de los pamues, 122.—La negrita María Montserrat Mesabó. Instalación de los misioneros en San Carlos, 241.—El matrimonio entre los bubis, 361.—Escuela. Conversiones, 433.
- América Septentrional.**—Progresos de la fe en el Canadá, 99.—La devoción del Rosario entre los católicos, 172.—Athabaska-Mackenzie. (Canadá). Los buscadores de oro. Hambre, 294.
- Méjico.**—Las Misiones en Sonora y Alta Tarshumara, 217.—Visita pastoral, 266.—Una peregrinación de tarahumaras, 340.—De Barcelona a Orizaba. Supersticiones de los indios. El viernes de los Dolores, 361.—Campeche. Visita pastoral, 409.
- Colombia.**—Misión en favor de los leprosos. En Agua de Dios. Peligro de contagio. Esperanzas e ilusiones de la seroterapia, 75.—Un nuevo lazareto confiado a los Salesianos. Increíble número de leprosos. Triste primacía de Colombia. Lazareto. Contratación. Secorros de la caridad, 219.—Quibdó: De Túquerres a Quibdó. Llegada de los Hermanos Maristas, 291.—El convento de la Candelaria, 352.
- Ecuador.**—La guerra entre los jíbaros. Autoridad del misionero. Fuerte terremoto. Bautismos. Mordedura de una serpiente *macanchi*. Generoso corazón de los jíbaros. Noche poética en el desierto, 52.
- Perú.**—Lima, 385.
- Chile.**—Movimiento religioso en la Misión de Lautaro, 55.—Fruto de las Misiones franciscanas de Araucanía, 199.—Porvenir de la mujer araucana, 222.—Misión a orillas del río Muco y en Ultra Collín, 386.
- Argentina.**—Territorio de Pampa Central.—Excursión apostólica del Ilmo. Sr. Cagliero, 245 y 556.
- Bosquejo histórico del actual estado de las Misiones franciscanas en el Norte de la provincia de Santa Fe:* Elección de prefecto de Misiones, 279.—Estado moral de las Misiones. Escuelas. Religión. Progresos materiales. Templo de San Antonio de Obligado. Colonia Avellaneda, 307.—Magisterio espiritual, 353.—Confirmaciones, 378.—Templo de Avellaneda, 402.—Expediciones al desierto, 427.—Templo de Santa Rosa, 451.—Reducción de San Javier, 475.—Templo de San Javier, 501.—Nuestra Reducción de San Martín, 525.—Las Garzas. Colonia Ocampo. Reducción de San Antonio de Obligado, 568.
- Paraguay.**—Los Salesianos en el Paraguay, 463.—Asunción. Los indios chamacocos, 486.
- Brasil.**—Los Salesianos en el Estado de Pará. Miseria espiritual. La floresta virgen. Los indios miranhas, 7.—Una visita a los indios del Alto San Lorenzo (Matto Grosso), 506.
- Patagonia y Tierra del Fuego.**—Misiones de San Rafael y de la Candelaria. Visita a la isla Dawson. Género de vida de los indios civilizados. Hambre y frío. Adelantos, 77.—Misión salesiana de Candelaria y de la isla Dawson, 123.—La lengua ona, 134.—Misión salesiana de la isla Dawson, 247.—Conesa. Desde la república Oriental a la Patagonia, 434.
- Cuba.**—Los Padres Trinitarios en Cuba, 283.—Habana. Misiones a bordo del crucero Vizcaya y del vapor Alfonso XII, 290.
- Oceania.**—Misión de San José en el archipiélago Gilbert, 31.—Misión de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Nueva Guinea, 152.—Archipiélago de los Navegantes. Historia de la Misión. Estado actual, 337.—Nueva Zelanda. Llamamiento a la caridad. Historia de la diócesis de Christchurch, 414.—Asesinato de europeos en las islas Salomón, 419.—Principio de la Misión de las islas Salomón, 505.
- Filipinas.**—Celebración de las fiestas del Sagrado Corazón en Misamis, 28.—Microarchipiélago de Cagancillo, 35.—El misionero libra de la esclavitud a una madre y dos hijos, 56.—Diario del misionero. Diligencias por el rescate de cinco personas, 79.—Rancherías subanas de Sindangan, 100.—El Padre misionero protege a los mansacas contra los moros. Condición de los sámales. Solemnidad del bautismo. Traje de las mujeres, 124.—Misión de Dapitán. Costumbres de los subanos. Contrato matrimonial. Nacimientos. Entierros. Viviendas. Enseres. Vestidos. Armas. Régimen gubernamental. Aperos de labranza. Industrias. Instrumentos músicos. Bailes. Fiestas. Supersticiones, 146.—Conversiones de la isla de Samal y de los infieles de la península de San Agustín, 173.—Expedición al Silay. Misa en presencia de los infieles, 200.—La raza indígena, 212.—Conversión de los moros del seno de Davao, 223.—Surigao. Desegaña el misionero a un viejo idólatra: libra de la opresión y servidumbre a un huérfano, 249.—Asesinatos de misioneros. Frutos del Katipunán, 268.—Manila. Muerte o martirio del P. Fr. Moisés Santos, misionero agustino, 289.—La fiesta de Janiway en Ilo-ilo, 472.
- Carolinias.**—Expedición a las islas Oleay, 151.
- Australia.**—En Sydney: Fundación del colegio de Kensington. Porvenir de Australia. Admirable situación de Sydney. Movimiento marítimo de su puerto. Descripción del puerto Jackson. La «Cité». Barrio industrial y comercial. Pintorescos alrededores, 258.—Progresos de la civilización en Australia de cien años acá. Cualidades colonizadoras de la raza anglo-sajona. Influencia del clima en el desarrollo económico del país. Paralelo con América. Progresos del Catolicismo, 274.—Maravilloso desarrollo de la fe católica. Sus causas, 300.—Otras causas del progreso del Catolicismo en Australia, 324.—Sydney, centro de apostolado para toda la Océanía, 346.—Porvenir del Catolicismo en Australia. Sacerdocio indígena, 370 y 398.
- Nueva Guinea.**—A través de la Misión, 230, 255, 278 y 303.
- Variedades.**—La estrella de Belén, 23.—El sacerdote católico, 53.—La literatura en el Sudán, 24.—El invierno. El lago Salawik, 47.—El cirio del día de la Candelaria, 69.—Heroísmo de un Padre Jesuita, 91.—El Viático en la aldea, 118.—Ruinas de Pompeya. Las Sociedades secretas en China, 143.—El árbol de la muerte y de la vida, 169.—Abd-er-Rahmán, emir del Afghanistan, 191.—María entre los moros. Primavera, 214.—La Emperatriz del Japón, 240.—Dos milagros de San Antonio en Armenia. Menelik y Abisinia, 264.—El pequeño saltimbanqui. Costumbres turcas. Triunfo de la gracia, 287.—San Juan de Puerto Rico. El alma. El reino de las mujeres, 311.—La matanza de los frailes, 335.—El Etna, 358.—La casualidad y la imagen de la Inmaculada, 382.—El esclavo de los esclavos, 406.—Paseo de D. Bosco con los presos de Turín, 431.—Escenas del Sanatorio: ¡Pobre Agustín! 454.—El día de un misionero, 455 y 478.—En nuestra partida del Escorial para las Misiones de Filipinas, 503.—A España en sus desgracias presentes, 528.—La cabalgata hacia la tumba, 528.—El sueño del Niño-Dios, 572.
- Crónica.**—En todos los números.
- Necrología.**—El Ilmo. Alfonso Joonsten, dominico, obispo de Marciano y vicario de Curaçao. El P. Bloem, 288.—R. Padre Sotero Gil. R. P. Fr. Felipe Muguraza, 384.

Privilegios de la América latina, 20.
Cuadro general de los trabajos apostólicos en 1897, 25.
Los misioneros Salesianos, 41.
Asociación Auxiliadora de las Misiones, 43.
Las arañas venenosas, 66 y 114.
Jerarquía católica, 88.
La Orden de Frailes Menores, 106.
Los niños leprosos, 110.
Viaje por los países bíblicos, 111 y 135.
La última Constitución de León XIII sobre los ritos orientales, 184, 209 y 232.
La poesía y la prosa de las Misiones, 186.
Un misionero franciscano, 189.

El Gobierno alemán y los misioneros católicos, 190.
La primera Iglesia americana, 234.
Notas biográficas del Excmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Vicente Santiago Sánchez de Castro, obispo de Santander, 235.
La Ascensión del Señor y Pentecostés, 239.
Oficio de la fiesta del Corpus, 262.
Exposición de arte sagrado, Misiones y obras católicas, 282.
La escritura entre los negros, 306.
Primera comunión en el mar, 329.
Misioneros y misioneros, 321.
Un misionero, 376.
Lo convincente, 523.
La Obra de la Propagación de la Fe, 1.

GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

RETRATOS

San Pedro Claver, S. J., 385.
San Alonso Rodríguez, S. J., 457.
Excmo. Sr. Cardenal Morán, arzobispo de Sydney, 289.
Ilmo. José Quesada, obispo de Domicópolis, 25 y 41.
Luís Longevin, arzobispo de San Bonifacio, 73.
Mermillod, 97.
Jacinto Cervera, ob. de Mallorca, 121.
Wenceslao Oñate, obispo de Hipsópolis, 145.
Vigroux, S. J., 169.
Vicente Sánchez de Castro, obispo de Santander, 217.
Alfonso Joosten, obispo de Marciano, 269.
Pedro Broyer, obispo titular de Polemonium, 337.
Carr, arzobispo de Melbourne, 389.
Guillermain, vicario apostólico del Victoria Nyanza Septentrional, 433.
R. P. Cayetano Fernández, prior del Convento de Padres Agustinos de Candelaria (Colombia), 348.
Mazel, misionero de Kouang-si (China), † el 1.º de Abril de 1897, 361.
Claudio Chevrier, † en 21 de Junio de 1870, 441.
Vicente Ou, † en 21 de Junio de 1870, 441.
Fr. Antonio Piernavieja, † en 28 de Marzo de 1897, 505.
Fr. Tomás Jiménez, † en 7 de Abril de 1898, 505.
Fr. Hipólito Tejedor, † en Abril de 1898, 509.
Fr. Pablo Alvarez, 509.
S. M. Kuang-su, emperador de la China, 241.
Tehing, almirante chino, 193.

VISTAS, MONUMENTOS, TIPOS, ETC.

España.—Puerta mayor del Hospicio de Madrid, 205.
Monasterio de San Millán de la Cogolla, en la Rioja, 348.
Córdoba: Columna llamada del Triunfo, dedicada a San Rafael, 468 y 469.
Vista exterior del Real Monasterio del Escorial, 548.
Italia.—El Capitolio, 32.
In hoc signo vinces (tapiz en el Museo Vaticano), 33.
Nuevo altar en la basílica de Loreto, 36.
Vista actual de Pompeya, 129.
El Etna, 356.
Claustro ó galería del célebre cementerio de Pisa, 497.
Suiza.—Vista de Basilea, 88.
Alemania.—La Selva Negra, 89.
Rusia.—Moscou, 116.
Turquía.—Iglesia católica, de Samos, 200.
Tierra Santa.—Huerto de los Padres Capuchinos, en el monte Olivete, 77.
Emaús, 109.
Betsaida, 112.
Siria.—Plaza de los cañones en Berito, 161.
Paseo de los Pinos, en id., 164.
Abside de la antigua iglesia de San Juan, 177.
Tipos sirios, 180.

China.—Iglesia de San Luis en Tien-tsin, 437.
Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, 441.
Sepulcros provisionales de las víctimas de 1871, 441.
Cristiandad de la Misión del Chan-Tong Oriental, 476.
Bonzos de Pou-tou recitando sus oraciones, 513.
Pou-tou: El cielo de Occidente, 521.
Costa y bahía de los Bambús *violet*s, 529.
Pagoda imperial cubierta de tejas amarillas, 537.
Pagoda de los nueve dragones, 561.
Familia de *tao-toi* de Ningpo, 569.
Yun-Nan.—Niña ñi en traje de labor, 16.
Niñas ñis y ashis en traje de fiesta, 17.
El P. Vial entre dos acólitos indígenas, 49.
El P. Birbes, misionero de Siao-pu-tse, 53.
Residencia del misionero en Lu-mei-y, 57.
Joven ashi tañendo la mandolina, 101.
Montañas berroqueñas cerca de Saje, 105.
Cristianos de las tribus ñis, ashi y naseko en día de fiesta, 108.
Cristiana de la tribu naseko, 137.
En camino para un viaje apostólico entre los lolos, 140.
Cristianos ashi-kadjuma, 149.
Luchadores ñis, 153.
Familia ñi de Lu-mei-y, 173.
Una maestra y dos novicias, 176.
La doncella Coloma, 177.
Birmania.—Barcas de viaje, 201.
Buque en el Irrauaddy, 201.
Grupo de karinos, 204.
Iglesia y casa-Misión de Mittaggon, 209.
Esposos carinos, 232.
Un birmán y su mujer, 233.
Aldea birmána, 236.
Cochinchina.—Cristianos marcados en la mejilla, 37.
Tonkin.—Cristianos llevando un enfermo, 263.
Indostán.—Antiguo monumento cerca de Benares, presidencia de Bengala, 317.
Egipto.—El encantador de serpientes, 12.
Aguja de Cleopatra, 68.
Una tienda de collares de vidrio en el Cairo, 281.
Africa.—Construcción de chozas en una aldea de Uhiya, 257.
Africa Occidental.—*Gabón:* Elena, catequista indígena del Ogowé, 153.
En marcha: el San Juan Bautista y sus tripulantes, 313.
Río Ntsini, 345.
Makendjé, 345.
Mendé: El río, 369.
Mendé: Tres indígenas recién bautizados, 369.
Jefe del pueblo de Notum, 413.
El pequeño Moisés, 417.
Guerreros del pueblo de Ntoun, 425.
El R. P. Monnier vadeando el Ndjembwe, 449.
Vista parcial de Evore-d'Hule, 452.
Dos de nuestros aprendices, 476.
Guiso de gallina con pistacho, 489.

- Africa Occidental.**—Joven boulo, 489.
Adornos que usan las mujeres en Evore-d'Hule, 500.
Alberto, 545.
El convertido de Etameyón, 545.
Nuestro anciano compañero de viaje, 557.
Poblado pahuino, 557.
- Dahomey.**—Sor Epifania, superiora de las Religiosas de la Misión de Agüé, 232.
- Africa Ecuatorial.**—*Sudán francés*: Convoy de provisiones, 417.
Salida de Kabara, 425.
La barca *Enseigne-Aube*, 428.
Regalos hechos á bordo del *Dacoust* en Kagha, 428.
El *Aube* anclado, 452.
Tipo songhai, 465.
Vista de la Bamba, 465.
Visitadores igonaddaren, 473.
Súbditos de Idris, 481.
Campos inundados al Este de Tombuctu, 500.
Pueblo de las inmediaciones de Say, 524.
El *Aube* en la última rápida, 524.
Mujer de Say, 533.
El *Aube* en fuerte Archinard, 533.
Pulo y Usmán, 569.
- Africa Austral.**—*Basutolanda*: Guerreros zulús, 5.
Aldea basuta, 8.
Familia zulú, 9.
Jefe en el kotla, 29.
Brujo y bruja, 60.
Una mestiza, 84.
Joven pastor, 85.
Trabajadores de las minas de oro y diamantes, 125.
Cafres, pastores y guerreros, 181.
Vehículo atravesando un río, 185.
Dispuesto para el baile, 188.
Alto de cazadores basutos, 197.
Jóvenes esclavas yendo por agua, 229.
- Colombia.**—Salto de Tequendama, 92.
Convento de los Padres Agustinos Recoletos españoles en el desierto de la Candelaria, 353.
- Cuba.**—Grupo de campesinos cubanos, 380.
Una familia cubana, 380.
- Puerto Rico.**—El barrio de la marina en San Juan, 308.
Entrada del puerto de San Juan, 328.
- Oceania.**—*Archipiélago de los Navegantes*. Catedral de Apia, 341.
Islas Salomón: Emboscada de bushmens, 420.
Islas Salomón: Escena de canibalismo, 421.
- Filipinas.**—Embarque de emigrantes para una fábrica de tabacos, 297.
Vida de los indios tagalos en los alrededores de Manila, 329.
El bloqueo de Manila: aspecto del río Pasig, 377.
- Australia.**—Vista parcial del puerto de Sydney, 245.
Vista parcial del puerto de Sydney, 273.
Vista de los alrededores de Sydney, 293.
Administración de correos de Sydney, 300.
- Parte posterior de la catedral de Santa María de Sydney, 301.
Bahía Cooge: Vista de la feligresía de Rendwick, 321.
Colegio de San José, 324.
Casa Consistorial de Sydney, 324.
Universidad católica de San Juan, en Sydney, 325.
Vista de Botany-Bay, en Sydney, 365.
Gran Seminario de San Patrik en Sydney, 393.
Charlie, católico aborigeno, 401.
Vista general de Manly Beach, 404.
- Nueva Guinea.**—Trabajando entre los paletuvios, 221.
Iglesia de Beipaa y residencia del misionero, 248.
Afa-efi-afia, jefe de Oriropetana, 249.
Rio San José, 284.
Asia-Rauma, 300.
Vista de Yule, 305.
- Nueva Zelanda.**—La catarata de Rusell, 372.
La estrella de Belén, 13.
Consultando infolios, 20.
Invierno, 44.
Histórico pendón de Santa Eulalia, 61.
La Purificación de Nuestra Señora, 64.
Job y sus amigos, 65.
San Vicente de Paúl asistiendo á Luis XIII, 81.
El Viático en la aldea, 113.
El gran Patriarca, 132.
La Anunciación, 133.
La oración de Jesús en el huerto, 156.
El lavatorio, 157.
La Virgen santísima al pie de la Cruz, 160.
Primavera, 212.
La Ascensión del Señor, 225.
Pentecostés, 228.
Tantum ergo Sacramentum, 253.
El Sagrado Corazón de Jesús, 265.
La Beata Margarita María Alacoque, 276.
Primer acto de culto colectivo tributado al Sagrado Corazón, 277.
El mayor bolido que se conoce, 305.
Un monumento de la civilización del siglo, 332.
La caridad cristiana en la guerra, 349.
O gloriosa Virginum, sublimis inter sidera, 373.
Verdú: Entrada de la villa y vista del típico mercado de cántaros, 396.
Verdú: Pila en que fué bautizado San Pedro Claver, S. J., 396.
Verdú: Portada de la capilla de San Pedro Claver, S. J., 396.
Verdú: Iglesia erigida por los Padres Jesuitas en el solar de la que fué casa de San Pedro Claver, 397.
Verdú: Oratorio y altar en el aposento donde nació San Pedro Claver, 397.
Redemptrix captivorum, 409.
San Francisco de Asis, 444 y 445.
Severidad monástica, 461.
El día de difuntos, 485.
San Carlos Borromeo, 492 y 493.
La Caridad, 516 y 517.
Maria, vencedora de todas las herejías, 540 y 541.
Ángeles, Pastores y Reyes junto á la cuna del Niño Dios, 564.
El sueño del Niño Dios, 572.

—No podéis, verlo contestó; está cubierto de edificios que el emperador Adriano hizo construir.

—Todos caerán, dijo Elena; Adriano no será ya más adorado en este sagrado lugar. ¡Marchemos! ¡El mismo Jesucristo nos llama!

El ilustre Macario, obispo de Jerusalén, había salido de la ciudad al encuentro de la madre de Constantino. Acompañábanle sus sacerdotes y todo su rebaño, resto de la primera Iglesia fundada por el Príncipe de los Apóstoles, fecundada por la sangre de Santiago, primo del Salvador, y gobernada desde la era cristiana por cuarenta Obispos casi todos mártires. Aquellos cristianos por tanto tiempo perseguidos cantaban himnos y sembraban de flores el camino que debía seguir la Emperatriz hasta llegar a su morada, al pie del monte Moriah.

La Emperatriz recibía estos homenajes con rostro afligido; Jesucristo únicamente llenaba todo su pensamiento y su voluntad, y sin tomar descanso pidió que la condujesen al sepulcro del Salvador.

—¡Ah, señora! repuso el Obispo. Ni el Calvario, ni el sepulcro donde José de Arimatea colocó al Redentor, son hoy conocidos. Sobre el Calvario se eleva el templo de Venus; sobre el santo Sepulcro, la estatua de Júpiter: todos los días se hacen allí sacrificios abominables; doncellas que lloran la muerte de Adonis forman coros danzantes sobre la roca en que la Virgen María estaba en pie junto a la cruz (1). Los sacerdotes paganos inmolan toros a Zeux sobre la piedra del sepulcro de Jesucristo. Los idólatras han profanado esta tierra sagrada.

—Los dioses de las naciones se van, dijo Elena, y mi hijo no sufrirá que otro que no sea Jesús reine sobre el Imperio y sobre las almas. Las impías profanaciones de los paganos certifican la verdad de nuestras tradiciones; el infierno se ha levantado con ellas, pero no prevalecerá. Reunid un buen número de trabajadores, y que comiencen mañana mismo a derribar los templos contruidos por el impio Adriano. Dios permitirá que encontremos el glorioso Sepulcro de nuestro Salvador; yo sólo he venido a Judea para venerar antes de mi muerte los vestigios de la Pasión de Cristo y rendirles mis débiles homenajes.

Al día siguiente muy de mañana una cohorte de trabajadores cristianos, presidida por el Obispo y por Draciliano, gobernador de Palestina, comenzó a derribar con santo ardor los monumentos que Adriano erigiera a las impuras deidades de Roma. Arrancáronse del techo las planchas de bronce que lo cubrían; las columnas de mármol, como movidas por otro Sansón, vinieron al suelo; y pronto en fin dejóse ver la configuración de la Montaña santa,

(1) Ezequiel había predicho estas palabras: *A la entrada de la casa de Jehová las mujeres lloran la muerte de Adonis.* (Cap. viii).

cuya cumbre, dedicada al amor profano, había visto los prodigios del amor eterno, y uno de cuyos lados, consagrado a Júpiter, había guardado tres días el cuerpo de Jesucristo vencedor de la muerte. Sin darse punto de reposo, comenzaron a excavar en aquella tierra venerable: Elena, Macario, Lea, los oficiales, cristianos, todos de rodillas, oraban y esperaban: el trabajo duró largo rato; las almas débiles perdían ya toda esperanza, cuando resonó un grito de: *¡Ved aquí la tumba!* y todos besaron con efusión aquella tierra mil veces santa.

El Sepulcro, abierto en la peña, aquel Sepulcro glorioso que ningún tributo tendrá que pagar a la Resurrección final; se ofrecía a las miradas de todos; en él se notaban señales de sangre, y parecía que el adorable Cuerpo descansaba todavía allí, tantas eran las lágrimas y gemidos que acompañados de acciones de gracias arrancó su vista. El espíritu de San Juan, el fiel discípulo, parecía animar aquellos corazones; la anciana Emperatriz levantaba las manos al cielo, y repetía las palabras de David:

—¡Lo he jurado; no daré descanso a mis ojos hasta que haya levantado un templo al Señor!

El Obispo y sus acompañantes, los soldados y el pueblo, todos herían sus pechos; y Lea, al ver la sangre que había manado del costado abierto, y de las manos y pies taladrados, comenzaba a comprender con qué amor se puede, se debe amar a Jesús.

Los trabajos continuaron durante muchos días; la piadosa Elena no sabía moverse del Calvario, y arrodillada en la roca repetía de continuo:

—¡Busco el estandarte de salvación y no lo encuentro! ¡Pues qué! ¡yo me siento en un trono, y la cruz del Señor está escondida en el polvo! ¡Buscad, ahondad más, penetrad en las entrañas de la tierra, y mostradme la fuente de vida! ¡brille a todas las miradas el instrumento de salvación!

Dios escuchó sus súplicas: al lado oriental del Gólgota los trabajadores encontraron una excavación profunda, en la cual descubrieron tres cruces, la inscripción en tres idiomas: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS, los clavos y la lanza. Pero dicha inscripción estaba separada de la cruz, ¿y cómo conocer cuál de las tres había sido el rescate del mundo? Todos permanecían indecisos, cuando el obispo Macario tuvo una inspiración divina:

—Tomad estas cruces, dijo a tres de sus clérigos y llevadlas a casa de Chusea, que está agonizando: el leño de la verdadera cruz la volverá a la vida.

Encaminóse allí el Obispo, siguiéndole la Emperatriz. Lea y el pueblo cristiano; animados todos de diversos sentimientos; sostenidos los unos por esta fe que traslada las montañas, y los otros tímidos y afligidos. El cortejo llegó

Serie de novelitas de sana tendencia moral, y que, a par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen a las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella. —75 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Espera**, por Aurora Lista. —75 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Sin Dios**, por Raquel. —75 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Cadena de oro**, por Aurora Lista. —1'25 ptas. en rústica, y 1'75 pta. en tela. — **Anisia**, por Aurora Lista. —50 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Una madre como hay muchas**, escenas de la vida íntima de una virgen-apóstol del siglo IV. Novela histórica, traducida y arreglada del francés. —50 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. — **De mi cosecha**. Cuentos varios, por Norberto Torcal. —75 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. — **La Gitana**, por D. Francisco de P. Capella. —75 céntos. en rústica, y 2'25 ptas. en tela. — **La Perla preciosa**, por Matilde Bourdon. —75 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela. — **La Virgen**, por D. F. de P. Capella. —30 céntos. en rústica, y 1 pta. en tela.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

á la morada de la mujer moribunda, á quien conocía toda Jerusalén; hallábase tendida en su lecho, sin quedarle apenas un soplo de vida; arrodillóse el santo Obispo cerca de ella, y exclamó en alta voz:

—¡Oh Dios omnipotente, que habéis salvado al género humano por el suplicio que sufrió vuestro Unigénito Hijo, y que habéis encendido en el corazón de vuestra sierva Elena el ardiente deseo de encontrar el sagrado instrumento del cual estuvo pendiente la salud del mundo, haced que conozcamos de una manera evidente en cuál de estas tres cruces triunfó el Salvador, y concedednos que al contacto de la misma esta mujer que yace aquí á punto de morir, vuelva á la vida, desde las puertas de la muerte (1).

El santo Obispo levantó una de las cruces y la puso sobre la moribunda; pero ésta permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro cubierto con el sudor de la muerte. La segunda cruz no dió mejor resultado. Macario y sus acompañantes oraban con ardor... Acercó la tercera cruz... Chusea se incorporó en su lecho, con los ojos abiertos, animada por la llama de la vida, y dijo con fuerte acento:

—¡Gloria al Altísimo! ¡estoy curada!

Como la hija de Jairo, como el jóven de Naim, como Lázaro, levantóse al punto, habiendo recobrado la plenitud de vida y cantando llena de gozo las alabanzas del Señor.

Conociase ya la verdadera cruz, y en el mismo día restituía la vida á un difunto que llevaban á enterrar.

—Hija mía, dijo la Emperatriz á Lea la misma tarde; ahora puedo exclamar como el viejo Simeón: ¡Señor! ¡dejad morir en paz á vuestra sierva! Cumplidos están los votos de toda mi vida: se ha dado la paz á la Iglesia de Cristo; mi raza servirá al Dios verdadero, y la cruz de mi Salvador felizmente encontrada recibirá los homenajes de los hombres. Quiero levantar un santuario digno de ella. Mas antes de embarcarnos para Italia, en donde depositaremos los tesoros que esta tierra santa nos ha entregado, iremos á Belén para visitar la gruta en que nació nuestro Salvador, y luego á las orillas del Jordán, donde recibiréis el santo Bautismo; vi-

(1) Esta oración está tomada de Eusebio, testigo ocular de los sucesos que refiere.

sitaremos Nazaret... rogáremos en todos esos lugares que santificó la presencia del Redentor, y después volveremos á Roma, pues no quiero morir lejos de mis hijos.

—Madre mía, contestó Lea; os acompañaré en este viaje por Palestina, y recibiré el santo Bautismo si se me juzga digna de esta gracia; pero no os seguiré á Roma... quiero vivir y morir junto al Sepulcro de Jesucristo. ¡Aquí las lágrimas son santas y el dolor conduce á la vida eterna!

La emperatriz Elena regresó á Roma después de haber llenado la Judea de sus nobles y piadosas fundaciones; enriqueció las basílicas romanas con tesoros inestimables; construyó la basílica de Santa Cruz en Jerusalén como un magnífico relicario en donde depositó una parte de la verdadera cruz y la inscripción; engastó en el oro y las perlas de la diadema imperial uno de los clavos del Salvador, y dió la lanza á una iglesia de Constantinopla. Constantino reconoció su error paternal, y cediendo Roma al nuevo reino cuyo soberano es Jesucristo, y San Pedro su Vicario, fundó á orillas del Ponto-Euxino una ciudad admirable, que hizo capital de su imperio.

Constancia no quiso separarse de su santa amiga la mártir Inés, sobre cuyo sepulcro erigió una iglesia, y en ella se consagró á Dios.

Fausta pereció ahogada en los ardientes vapores de una sala de baños.

Antonia no volvió á Roma; desposóse en Africa, á gusto de su madre, con el liberto Sexto, abjurando antes el Paganismo. Pertenciente á una de las principales familias patriicias, dió el ejemplo de esas uniones que igualaban las categorías y que llegaron á ser tan numerosas, que el Senado se vió en la precisión de dictar una ley que las consagrara.

Lea vivió muchos años junto al Sepulcro de Jesucristo, dedicada por completo á la oración y á las buenas obras. Desprendida de todo, ocupábanla exclusivamente la gloria de Dios y el cuidado de los pobres; no cesaba de dar gracias al Señor, que la había llevado á la fe por el camino de la desgracia, que la había conducido de la sonriente alborada á la tarde religiosa y pacífica, y que la prometía reunirse para siempre con aquellos que había amado, en los esplendores del día eterno.

LEA O LA CRUZ TRIUNFANTE

POR MATILDE BOURDÓN

Adornada con profusión de artísticas ilustraciones debidos á los distinguidos dibujantes Torres García y J. Vela, se ha impreso y forma el tomo XI de la Biblioteca del Hogar esta novelita publicada en las cubiertas de **LAS MISIONES CATOLICAS**.

Acompáñala elegante cubierta fotográfica y véndese al ínfimo precio de 50 céntimos en rústica, y 1 peseta encuadernado en tela y plancha dorada.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PINO, 5, BARCELONA.

LA LEYENDA DE ORO PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.—VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA

Acaba de terminarse la quinta edición de tan importante obra, en 4 hermosos tomos en cuarto. Compuesta del clásico texto del P. Rivadeneyra y de los mejores escritos de otros autores; está adaptada á las necesidades modernas, con varios estudios sobre los errores de los sectarios contra Nuestro Señor Jesucristo, y con las vidas de los Santos canonizados desde 1855 hasta nuestros días, cuyo trabajo se debe á la inspirada pluma del M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.^a Villarasa, Arzobispo de la Catedral de Barcelona. Los Prelados españoles en número de 51 han enriquecido con copiosas indulgencias la lectura de tan útilísima obra, que recomendamos á nuestros subscriptores en la seguridad de que ha de ser de su completo agrado. Para los pedidos y demás condiciones dirigirse á los editores Sres. L. González y C.^a, Lauria, 78, Barcelona.